

Serie terror
THANATOS

NOVELA INEDITA

Burton Hare

**El demonio
del infierno verde**



EDICIONES FORUM

ASTRI



TERROR

MIKE CAMERON

el demonio del infierno verde



EL DEMONIO DEL INFIERNO VERDE

EL DEMONIO DEL INFIERNO VERDE

© **BURTON HARE**

Texto

©

Cubierta

1.ª edición: febrero de 1992

Esta publicación es propiedad de
EDITORIAL ASTRI, S.A.
Apto. Correos 96008 - BARCELONA

ISBN:

Depósito legal:

Impreme **CRONION**

Tel. 336 42 13

08004 Barcelona

Printed in Spain - Impreso en España

CAPITULO PRIMERO

Habían llegado con ligeros intervalos a pesar de la tormenta.

Otras veces se habían reunido en la sombría mansión de los Lonergan, aunque nunca por un motivo como el que les había traído esta vez.

Fuera, el viento bramaba como una fiera salvaje enfurecida, azotando los muros alzados cientos de años atrás, arrojando cataratas de lluvia contra los cristales de las ventanas y haciendo crujir puertas y postigos.

Cuando ellos llegaban cambiaban las frases de rigor con la hermosa mujer vestida de luto. Frases más o menos sentidas, pero con la sinceridad que era dado esperar de quienes habían sido íntimos amigos durante años y años.

Luego, como en un rito, pasaban a la habitación donde se alzaba el túmulo escoltado por cuatro enormes candelabros.

El ataúd reposaba sobre terciopelo negro. El cadáver de Denis Lonergan destacaba sobre el acolchado blanco. La muerte no había desfigurado en absoluto sus correctas facciones, ni su cuadrada mandíbula, ni la firmeza de su mentón. Con los ojos cerrados y su piel morena y curtida parecía dormir un sueño tranquilo, en lugar del eterno de la muerte.

Después de la obligada visita al amigo, los recién llegados se trasladaban al salón contiguo, donde el rumoreo de las conversaciones era ahogado a menudo por el retumbar del trueno o el del viento huracanado.

La última pareja que había dado el postrer adiós al amigo fallecido, los McMahan, entraron en el salón como perdidos, cual si aún no hubiesen asimilado la idea de aquella muerte inesperada.

Arnie McMahan paseó la mirada por los rostros que se habían vuelto hacia él y su mujer y murmuró:

—Apenas puedo creerlo. Lo siento mucho, Debbie, ya sabes que Wanda y yo le queríamos...

La bellísima mujer vestida de negro asintió con un gesto. Tenía los ojos enrojecidos por el llanto, pero a McMahan se le antojó que además de la pena había algo más en aquellas pupilas profundas y azules. Algo como miedo quizá.

Desde donde estaba sentado, Dieter Cunningham gruñó:

—Todos lo hemos sentido profundamente. Era el hombre más fuerte y duro que he conocido en mi vida... y ahora está ahí, metido en un ataúd. Es absurdo.

—La muerte siempre es algo absurdo. Obsceno incluso cuando se ceba en un ser joven y fuerte —opinó McMahon.

La viuda susurró:

—Sírvete algo de beber, Arnie. Las sirvientas están preparando las habitaciones. Tienes licores ahí, en la mesita.

Arnie respondió:

—Gracias, no te preocupes por mí. ¿No ha llegado tu primo?

— ¿Peter? No, aún no.

Chris, la esposa de Cunningham, murmuró:

—Ven, siéntate aquí, Debbie. Estás agotada.

La viuda obedeció. Contra su voluntad, sus ojos se iban solos hacia la puerta de la estancia donde reposaba el cadáver de su esposo.

Después, profundos, doloridos, saltaban de uno al otro de cuantos estaban a su alrededor intentando encontrar frases de consuelo, o simples motivos de conversación con que romper la tristeza del ambiente.

Un relámpago culebreó más allá de los ventanales, y el trueno hizo retemblar el edificio desde sus cimientos.

Dieter Cunningham gruñó:

—Tenemos la tormenta encima...

Nadie replicó.

El aullido del viento arrancaba siniestros crujidos en el viejo caserón.

Arnie se volvió con un vaso en la mano. Vio que las mujeres estaban reunidas en un ángulo de la estancia y entonces fue a sentarse al lado de Dieter. Bebió un sorbo y murmuró:

— ¿Qué piensas que debemos hacer ahora que él ha muerto?

—No sé...; acelerar las cosas, supongo. Ignoro en qué situación queda Debbie, pero esa fortuna le vendrá bien.

—Sí, opino igual. Oye, ¿se sabe exactamente de qué ha muerto? Porque Denis era el tipo más sano que he conocido en mi vida...

—El corazón. Nadie es lo bastante sano para resistir un infarto. Lo encontraron caído en el invernadero. Tal vez si hubiese encontrado alguien cerca habría podido hacer algo, pero estaba solo. Debió de ser algo fulminante.

—Entiendo. ¿Cuándo crees que debemos hablarle a Debbie sobre lo que hay que hacer?

—Bueno... Después del entierro, naturalmente. Y cuando se haya marchado su primo, porque ese tipo no sabe una palabra. Y además, nunca me ha gustado Peter, no me simpatiza.

— ¿Por qué no?

—Ahí está lo raro, no lo sé. Llámalo una tontería si quieres, pero me repele. Es algo instintivo.

Arnie se encogió de hombros sin entenderlo.

Entonces sonó un carillón en alguna parte y la viuda se levantó precipitadamente.

—Peter —dijo—. Seguramente es él.

Salió del salón apresurada. En el mismo instante, un trueno semejante al estallido de una bomba hizo temblar los cristales y las luces oscilaron a punto de extinguirse.

—Estaría bueno que nos quedásemos a oscuras —rezongó Dieter.

—Lonergan me dijo que había instalado un grupo electrógeno.

Sonaron voces más allá de la puerta, y un instante después la hermosa viuda entró acompañada por un hombre alto, de hombros fuertes y cabeza de cabello revuelto.

Ella dijo:

—Todos conocéis a Peter...

Este hizo un gesto despreocupado con la mano.

—Y yo les conozco a ellos. Lamento que hayamos tenido que reunirnos por un motivo tan desagradable.

Hubo un coro de saludos. Él paseó la mirada alrededor, como asegurándose de que, realmente, conocía a los hombres y mujeres que estaban en el salón.

Tenía unos ojos grises y penetrantes, aunque en raras ocasiones expresaban sentimiento alguno. Eran más bien fríos y analíticos.

Debbie susurró:

— ¿Quieres verlo, Peter?

—Claro.

Echó a andar hacia la habitación vecina, dentro de la cual las llamas de los candelabros creaban sombras danzantes en los rincones.

En el instante en que llegaba a la puerta, un trueno más horrisono aún que los anteriores retumbó como un cataclismo. Las luces oscilaron, perdieron brillo y acabaron apagándose.

Una de las mujeres emitió un grito. Debbie exclamó:

—Tranquilízate, Wanda. Es solo un minuto; cuando se corta la electricidad, el grupo electrógeno se pone en marcha automáticamente.

Desde donde estaba, Peter se volvió. Su maciza silueta quedaba recortada en el umbral por la amarillenta claridad de los candelabros.

— ¿Qué clase de mascarada es esta, Debbie? —exclamó.

— ¿Qué? ¡Peter! ¿Cómo te atreves a hablar así?

— ¡Una mascarada! —repitió—. Aunque maldito si entiendo a qué obedece.

Dieter Cunningham se levantó, rígido.

—No me parece que esta sea la manera correcta de expresarse,

dadas las circunstancias —dijo rechinando los dientes.

Peter les dio la espalda y penetró en la habitación donde reposaba el muerto.

Solo que no había ningún muerto.

El ataúd estaba vacío.

Mientras Peter estaba mirando con desconcierto el blanco acolchado del ataúd, las luces se encendieron de nuevo. No brillaban con tanta intensidad como antes, pero alumbraban lo suficiente para verse unos a otros. Dieter tenía la cara crispada por la indignación.

—Te dije que nunca me había gustado ese tipo —farfulló junto a Arnie McMahon.

Peter reapareció. Ahora, sus ojos grises tenían una expresión intrigada, pero lo que les hizo levantarse a todos poco a poco fue la furiosa expresión de su cara.

— ¿Por qué infiernos has organizado esto, Debbie?—estalló.

—Pero, Peter...

— ¿Dónde está Denis?

Dieron un salto al oírle.

Arnie balbuceó:

—No creo que sea el momento adecuado para esta clase de bromas, Peter.

— ¡Qué bromas ni...! Solo dime por qué, Debbie.

—No entiendo... ¿Por qué me hablas así?

— ¡Maldita sea! Porque me parece un chiste macabro hacerme venir desde Londres, en medio de una condenada tormenta, solo para que contemple un bonito ataúd vacío.

— ¿Vacío?

—Repito la pregunta, ¿dónde está Denis?

Como obedeciendo a una señal, todos se precipitaron hacia la habitación donde se alzaba el túmulo. Casi arrollaron al indignado Peter a su paso.

Luego, también como puestos de acuerdo, se detuvieron en seco, espantados.

El muerto había desaparecido.

CAPÍTULO II

Arnie jadeó cuando recobró la facultad de hablar:

—Hace apenas unos minutos estaba en el ataúd... Wanda y yo lo vimos al llegar...

Vio que estaba hablando solo porque los demás habían retrocedido atropelladamente hacia el salón.

Excepto Peter, que permanecía en el umbral de la cámara mortuoria, rígido y furioso.

Él también retrocedió, aturdido. Peter le cerró el paso bruscamente.

— ¿Tampoco tú vas a decirme a qué obedece toda esta idiota historia, McMahon?

Arnie tragó saliva.

—No lo sé, Peter. Te juro que estaba aquí... no hace ni veinte minutos.

Peter le miró echando chispas.

—Entonces se ha levantado, ¿eh? Tal vez se aburría y ha querido salir a dar una vuelta bajo la tormenta. ¿Por qué clase de imbécil me tomas?

Arnie McMahon ni siquiera replicó. Casi echó a correr hacia donde estaban los demás, apiñados, como si la proximidad mutua les infundiera un valor que necesitaban para afrontar los hechos de cara.

Y el único hecho concreto era que el cadáver de Denis Lonergan había desaparecido.

La hermosa viuda ya no parecía tan bella, con las facciones crispadas, temblando, la mirada desorbitada fija en aquella puerta.

Peter les contempló con evidente disgusto.

—Parados ahí —dijo de mal talante—, parecéis un puñado de críos realmente asustados.

Dio media vuelta y entró otra vez en la habitación donde el túmulo, ahora sin cadáver, parecía más sombrío que nunca.

Dio una vuelta a la habitación, comprobando que la ventana estuviera bien cerrada. Lo estaba, igual que la otra puerta de comunicación con otras dependencias del enorme edificio.

De pronto se paró, maldiciendo entre dientes.

—Estoy haciendo el ridículo —rezongó entre dientes.

Era absurdo que buscara el lugar por donde podía haber desaparecido un muerto. ¿Cómo iba a moverse un cadáver? Estos no suelen jugar al escondite.

Se fue al salón y por unos momentos se quedó mirando al tembloroso grupo silencioso, que, como estatuas, seguían agrupados junto al diván.

—Bueno, que alguien empiece a explicarme este absurdo juego. Tú, Debbie, ¿por qué habéis organizado esta broma absurda?

Ella le devolvió la mirada. Sus inmensos ojos azules eran dos simas de espanto.

—Denis murió, Peter —susurró sin voz—. Estaba ahí... en el ataúd.

— ¡No me digas!

— ¡Oh, Dios, es cierto, créeme! El doctor Geller certificó su muerte a causa de un infarto... ¡Estaba muerto! —chilló al borde de la histeria.

—Bueno, ¿dónde está ahora entonces?

— ¡No lo sé, no lo sé!...

Wanda le pasó el brazo por los hombros. También Chris Cunningham casi se abrazó a ellas en un intento de calmarla, aunque tanto la una como la otra parecían también a punto de sufrir un ataque de nervios.

Peter encendió un cigarrillo.

Bruscamente, se dirigió a donde estaba el teléfono. Lo levantó y disco un número.

Cuando obtuvo comunicación preguntó:

— ¿El doctor Geller? Deseo hablar con él, por favor.

Se volvieron en redondo hacia él, sobresaltados. Dieter gruñó:

— ¿Qué pretendes, levantar una polvareda? Debbie debe tener el certificado de defunción, si es eso lo que buscas.

No le hizo el menor caso, y cuando oyó una voz de hombre por el auricular dijo:

— ¿Doctor Geller? Habla Peter Kingston... ¿Se acuerda de mí? Nos conocimos en casa de mi prima, Debbie Lonergan...

— ¿Cómo está usted, Kingston? Lamento mucho lo de Denis.

—Justamente quería hablarle de eso. ¿Cómo murió?

—Caray, ¿no se lo han dicho? Un infarto de caballo, amigo mío. Lo malo fue que lo dio cuando estaba solo, en el invernadero, y nadie pudo hacer nada para auxiliarle. Quizá si yo hubiese podido atenderle a tiempo habría cabido una esperanza... pero todo lo que pude hacer fue certificar su muerte.

—Y fue un infarto, ¿eh?

—Con toda seguridad. Los síntomas eran clarísimos. Oiga, ¿qué pasa, duda usted de mi diagnóstico?

—Por supuesto que no, doctor. Gracias por atenderme.

Colgó, más perplejo que nunca.

Tras él, Dieter rezongó:

— ¿Y ahora qué, tienes alguna otra brillante idea, Peter?

—Podría mencionarte veinticinco y no nos llevarían a ninguna parte. Todo esto es demencial, sin sentido. Un muerto no sale del ataúd por su pie, y todos vosotros parece como si creyerais que Denis lo hizo.

Hubo un denso silencio en medio del cual solo se escuchó el estrépito de la lluvia y el viento, y el bronco estampido de los truenos, ahora más lejanos.

La joven viuda susurró:

— ¿Qué voy a hacer, Peter?

—Esa es toda una pregunta, a fe mía. Vosotros sois quienes decís que el cadáver estaba ahí. Yo no lo vi, así que de cualquier modo continué pensando que eso es una estúpida conspiración sin pies ni cabeza, aunque no puedo imaginar con qué objeto.

Arnie McMahon balbuceó:

—Estás equivocado, Peter, créeme.

—Sí, ya sé.

De pronto, Cunningham exclamó:

— ¡Maldita sea! Pregúntales a las sirvientas si no nos crees. A menos que pienses que ellas también se han confabulado para eso que tu llamas mascarada.

—Es una idea...

En aquel momento las luces se apagaron bruscamente, para brillar de nuevo con su intensidad normal al cabo de unos breves segundos.

Debbie dijo:

—Se ha restablecido la corriente...

—Voy a hablar con la señora Feury —decidió Peter.

Debbie replicó:

—Justamente fue ella quien encontró a Denis, muerto, en el invernadero. ¿Por qué no quieres creerme, Peter?

Este se dirigió a la puerta a grandes zancadas, rezongando entre dientes.

Justo en el instante en que la abría, en alguna parte sonó un alarido agudo como el toque de un clarín. Un aullido infrahumano, bestial, que igual podía expresar todo el terror del mundo, como la agonía ante todos los horrores del infierno.

Peter echó a correr como un gamo. Los demás titubearon un segundo y después fueron tras él atropelladamente, precipitándose hacia las dependencias del servicio.

El alarido se repitió aún y después cesó bruscamente. Peter vio al fondo de un pasillo la luz de la cocina y rugió:

— ¡Señora Feury!...

Una ráfaga de aire helado y húmedo le azotó al entrar en la cocina como una bala. Como un relámpago, vio a la mujer obesa caída en el suelo, y la puerta que daba al exterior abierta de par en par, con ráfagas de lluvia entrando empujadas por el viento.

Se inclinó sobre la mujer, comprobando que estaba desmayada.

Tras él, todos los demás se detuvieron como obedeciendo a una orden no formulada.

CAPÍTULO III

Arnie jadeó:

— ¿Está muerta?

— Solo desvanecida... Ella debe de haber gritado.

Saltó hacia la puerta. Allí, sus pies se enredaron con algo que había en el suelo, dio una voltereta y aterrizó sobre las losas de piedra del sendero encharcadas de agua.

Maldijo en todos los tonos, levantándose. Tirada junto a la puerta, una mujer joven miraba a la inmensidad del más allá con unos ojos inmensamente abiertos. El agua le penetraba en ellos y en la boca atrozmente abierta. La lengua asomaba fuera de los labios crispados y tenía una horrenda expresión en las facciones que, quizá, incluso fueron agradables... cuando estaba viva.

Debbie sollozó:

— ¡Es Verita!

Con la lluvia empapándole hasta los huesos, Peter se arrodilló junto al cuerpo con el que había tropezado.

Desde allí anunció:

— Esta sí está muerta...; alguien le ha roto el cuello.

Hubo un coro de gritos de espanto de las dos mujeres. Arnie dejó escapar un quejido agónico. Dieter solo exclamó:

— ¡Oh, Dios...!

Peter levantó el cadáver y lo entró en la cocina, depositándolo en el suelo, junto a la pared. El agua escurría de su rostro crispado.

— Alguien la desnucó —dijo, rechinando los dientes—, alguien muy fuerte para matar de ese modo.

— Entonces, quizá fue ella quien gritó.

Se volvió hacia Cunningham.

— ¿Cómo crees que pudo gritar, con una tenaza en torno al cuello? Debió de ser la señora Feury sin duda. Alguien debería ocuparse de ella.

Volvió al exterior, a la lluvia torrencial que inundaba la tierra. Tras él, Debbie musitó:

— ¡No te vayas, Peter...!

— El asesino no puede estar muy lejos.

— ¿Y cómo piensas que podrás verle en una noche como esta?

Él titubeó, pero acabó retrocediendo. Entró y cerró la puerta.

—Algo está pasando aquí en esta noche que no es de este mundo. Se volvió en redondo encarándose con el aterrorizado Arnie.

— ¿De qué infiernos estás hablando, Arnie? Lo que está pasando es que un maldito asesino ha matado a la pobre sirvienta y nada más.

— ¿Y lo del cadáver, qué?

—No lo sé...

— ¡Ya se recobra!

La voz de Wanda les hizo girar hacia las mujeres.

La obesa señora Feury emitió un leve quejido. Luego, sus ojos se desorbitaron y dio un chillido agónico.

Peter gruñó:

—Cálmese, nadie le hará ningún daño.

Ella boqueó sin voz. Sus ojos desorbitados eran dos simas rebosantes de terror.

Al fin, con una voz que apenas lo era, jadeó:

— ¡Lo vi... vi cómo... cómo!

— ¿Vio al asesino?

Asintió. Volvió a boquear, pero le costó hallar la voz.

Luego murmuró:

—Vi cómo la atenazaba por el cuello cuando ella abrió la puerta...

— ¿Quién? Vamos, dígalos. ¿Era alguien a quien conocía usted?

— ¿Es que... es que no entienden? Llamó a la puerta... Verita abrió y él... él la atrapó por el cuello. Entonces grité...

Peter casi daba saltos.

— ¿Quién era? ¡Maldita sea! ¿Quién era, señor Feury?

—El señor Lonergan... ¡El muerto!

Debbie emitió un alarido y se desplomó igual que herida por un rayo.

Los demás ni siquiera atinaron a replicar. Quedaron helados, lívidos como cadáveres, mirándose unos a otros tan espantados que daban grima. Peter rechinó los dientes.

—Vamos, no diga tonterías, señora —masculló—. Denis Lonergan está muerto.

— ¡Claro que está muerto! Yo... yo lo encontré, en el invernadero.

—Entonces, ¿cómo diablos puede creer que lo ha visto aquí, esta noche, asesinando a la muchacha?

—No lo creo, señor Kingston —la buena mujer estaba recobrándose—. Lo sé, lo he visto con estos ojos. Era el señor Lonergan, con una feroz expresión en la cara... una expresión como yo no le había visto nunca. Y llevaba el algodón en las fosas nasales y en la boca... tal como lo acondicionaron los empleados de la funeraria de Worcester.

Peter dio una mirada a las dos mujeres que intentaban reanimar a

Debbie. Después devolvió su atención a la cocinera.

— ¿Está usted segura de que lo reconoció?

—Señor Kingston, no estoy loca, aunque usted lo dude.

—Ya veo... Hay que llamar a la Policía, Arnie. Ahora se trata de un asesinato, no de un juego de manos con un cadáver.

Entonces se fijó en las caras descompuestas de los dos hombres y frunció el ceño.

—Bueno, me ocuparé de eso —gruñó—. Después iré a cambiarme de ropa o pillaré una pulmonía...

Salió de la cocina como si le persiguieran. Instantes después hablaba por teléfono con la Policía de Worcester.

CAPÍTULO IV

Después de escuchar a todos sin apenas pronunciar una palabra, el sargento Marsh, jefe de Policía de Worcester, cambió una mirada perpleja con el agente que le acompañaba y al fin masculló:

—De modo que un hombre muerto asesinó a la sirvienta, ¿eh? Se levantó del ataúd, dio un paseo bajo la lluvia y cuando se cansó fue a la puerta de la cocina, llamó educadamente, y cuando la muchacha le abrió la puerta la estranguló, rompiéndole el cuello. No deja de ser una historia por lo menos intrigante.

El agente se llamaba Darnell y estaba indignado. Consideraba que toda aquella gente se había puesto de acuerdo para tomarles el pelo. Así que dijo:

—Eso no se le ocurre ni al autor de Frankenstein, sargento.

—Autora.

— ¿Qué?

—Fue una mujer quien escribió esa historia de monstruos.

Dieter Cunningham barbotó:

—Se me antoja que toman este asunto muy a la ligera, sargento. Quizá deberíamos recordarle que hay una joven asesinada de por medio.

—Sí, ya sé. Y un cadáver que se levantó del ataúd y aún está dando vueltas por alguna parte. Lo recuerdo perfectamente. Bueno, Darnell, llama al doctor Geller ahora mismo.

La conversación con el médico no hizo otra cosa que certificarle la muerte de Denis Lonergan sin la menor duda.

Cuando colgó el teléfono, el policía estaba más sombrío que los protagonistas de aquel misterio.

Pensativo, entró en la cámara mortuoria y estuvo casi quince minutos revisándola pulgada a pulgada.

Volvió a donde estaban los demás y preguntó:

— ¿Quién se encargó de amortajar el cadáver?

Debbie hizo esfuerzos para que su voz no temblara. Por lo menos, que no temblara tanto como ella.

Dijo:

—Dos empleados de la funeraria Trevarian.

—Bueno...

De nuevo fue al teléfono. Era una hora endiabladamente intempestiva para sacar a la gente de la cama, pero marcó el número después de consultar la guía y esperó.

Una voz gruñona, soñolienta, surgió al fin preguntando algo.

—Aquí el sargento Marsh, George.

—Hola... ¿Qué ocurre, sabe usted la hora que es?

—No voy a saberlo... Oiga, ¿fueron sus empleados quienes se ocuparon del cadáver de Denis Lonergan?

—Sí. Lo enterraremos hoy a las doce del mediodía... porque es más de medianoche.

—La hora de las brujas.

—¿Qué dijo?

—Olvídelo. Me parece que habrán de aplazar el entierro... Bien, lo que quiero es hablar con cualquiera de los hombres que lo amortajó. ¿Puede darme su teléfono?

—Espere un momento, sargento. ¿Qué es lo que va mal? Si alguno de mis empleados...

—No hay ninguna queja, George, solo quiero hacer un par de preguntas a cualquiera de ellos.

—Está bien, pero me gustaría saber a qué obedece todo esto, sargento.

—Se lo explicaré cuando le vea. Ahora, solo deme ese teléfono.

Lo anotó, dio las gracias y cortó la comunicación.

Tras él, todo el grupo escuchaba casi conteniendo el aliento.

Peter comprendía perfectamente los propósitos del policía. El sargento intentaba establecer sin la menor duda que Denis había muerto, que no se trataba de una simulación, o de una enfermedad rara, quizá catalepsia.

Esta vez el sargento hubo de esperar mucho más tiempo con el auricular pegado al oído, hasta que al fin una voz rezongó algo de mal talante y el policía dijo:

—Deje de gruñir. Le habla la Policía, Stevenson.

—¿Qué, quién...?

—Sargento Marsh. Usted me conoce perfectamente.

—Claro que sí. ¿Qué pasa?

—Usted y otro empleado de Trevarian amortajaron el cuerpo de Denis Lonergan. ¿Es así?

—Exacto.

—Muy bien, ¿observaron algo extraño en el cadáver?

—¿Qué quería usted que observásemos? Estaba muerto, eso es todo. Oiga, ¿ocurre algo, se han quejado en la casa? Porque si es así déjeme decirle que hicimos un buen trabajo.

—No se dispare. Todo lo que quiero establecer sin lugar a dudas es si el señor Lonergan estaba muerto cuando le amortajaron.

—Vaya una tontería... Bueno, disculpe, pero me parece absurdo que pregunte usted eso, sargento. ¡Claro que estaba muerto! Más muerto que mi tatarabuelo.

—Tengo entendido que hicieron lo que ustedes llaman taponamiento...

—Por supuesto.

—Ya veo...

—Oiga, ¿qué es lo que va mal?

—Todo.

Colgó, y aún permaneció unos instantes parado junto al teléfono, silencioso, pensando furiosamente.

Cuando se volvió vio a todos agrupados, mirándole con caras de pocos amigos.

Cunningham le espetó:

—Si ya ha terminado de perder el tiempo, sargento, quizá quiera empezar a trabajar en algo más práctico.

— ¿Cómo qué, según usted?

—No lo sé. ¿Cómo voy a saberlo? Yo no soy policía.

—Está bien, organizaré una batida tan pronto amaine la lluvia. El asesino de esa pobre muchacha no puede haber ido muy lejos en medio de la tormenta, aparte de que debe de estar chorreando. Si alguien lo ha visto le habrá llamado la atención... Lo que me desconcierta es todo este absurdo del cadáver desaparecido.

—Pero, oiga, ¿es que no lo ha entendido aún? La señora Feury vio perfectamente...

—No lo repita, señor Cunningham. Vio al muerto estrangulando a la chica. Hay quien ve marcianos... Vámonos, Darnell, hemos de preparar a la gente para dar esa batida.

Se despidió precipitadamente, como si de repente le hubieran entrado unas prisas endemoniadas por alejarse de aquella gente y de la casa.

Cunningham barbotó cuando los policías hubieron desaparecido:

—No ha creído una sola palabra de todo esto. Vaya policías...

Peter estaba recostado contra el respaldo de una butaca. Desde allí dijo:

—Hay que reconocer que tiene toda la razón al no creer semejante absurdo. Yo tampoco lo creo.

— ¿Que tú no...? Bueno, entonces hemos de admitir que la señora Feury miente. Y que nosotros mentimos al afirmar que Denis estaba en el ataúd, muerto. Que el doctor Geller miente y que firmó un certificado de defunción más falso que Judas, y que mienten los hombres de la funeraria. ¿No te parece que somos demasiados para habernos puesto de acuerdo en algo tan macabro?

—Así que tú crees que Denis resucitó de algún modo, ¿eh?

Todos ellos cambiaron miradas sobresaltadas.

Fue Arnie McMahon quien musitó con un hilo de voz:

—Sí, Peter, eso es lo que creemos.

Con un bufido de cólera, Peter se dirigió a la puerta.

—Voy a acostarme —anunció—. Si sigo aquí acabaré viendo fantasmas.

Cunningham dijo en voz baja:

—No debiste decir eso, Arnie.

— ¿Por qué no? Es la verdad y tú lo sabes. Y lo sabe tu mujer, y la mía, y yo mismo.

Debbie les miró estupefacta.

— ¿De qué estás hablando, Arnie?

Este se encogió de hombros.

—Ya te lo explicaré en otro momento. Ahora sería mejor que tratásemos de descansar un poco lo que queda de esta noche.

En pocos minutos se retiraron todos a las habitaciones.

Fuera siguió rugiendo la tormenta, y en medio de la tormenta, como la sombra del mal, rondaba la muerte.

CAPÍTULO V

Arnie no podía dormir. Había dado vueltas y vueltas en la cama conteniendo el aliento, moviéndose con extremado cuidado para no despertar a Wanda, que ella sí dormía profundamente.

Al fin no pudo soportarlo por más tiempo y se levantó. Tanteó el suelo hasta que sus pies encontraron las zapatillas, miró por encima del hombro, asegurándose de que su mujer no despertaba, y levantándose con cautela caminó hasta la ventana.

En el exterior la oscuridad era impenetrable, pero seguía lloviendo y a largos intervalos aún zigzagueaban los relámpagos en la lejanía.

La sombría inquietud que le dominaba creaba una absoluta confusión de pensamientos en su mente. Por una parte, trataba de convencerse a sí mismo de que todo aquello no era real, no podía haber sucedido. Un muerto muerto está, no puede volver a la vida y convertirse en un asesino satánico.

Pero, por otra parte, estaba lo otro...

Necesitaba hablar con Dieter cuanto antes. Decidir, resolver algo y pronto, y acabar con esa inquietud aunque fuera marchándose lejos, al extranjero. A cualquier parte.

Fue a donde estaban sus ropas y buscó un cigarrillo. Lo encendió y volvió junto a la ventana. El agua escurría contra los cristales, persistente, monótona.

Expelió el humo del cigarrillo con fuerza, inquieto. El humo, al golpear contra el frío cristal, creó extrañas formas delirantes antes de desvanecerse.

Estaba mirándolo cuando algo golpeó el cristal.

Arnie dio un salto.

Sintió que se le erizaba el pelo.

Había oído perfectamente un seco golpe contra el cristal.

Miró fascinado el agua que culebreaba al otro lado.

De nuevo, un tenue golpe seco tintineó contra el vidrio, y esta vez no cabían dudas.

Arnie pegó la nariz al cristal y atisbo la oscuridad exterior.

Temblaba de la cabeza a los pies, pero la negrura era impenetrable.

A menos que abriera la ventana no podría ver nada.

Abrir la ventana...

Como impulsado por una fuerza ajena a su voluntad, la abrió y una ráfaga de viento arrojó la lluvia contra su cara.

Se asomó castañeteándole los dientes.

Abajo, en medio de las tinieblas, había alguien.

Alguien plantado bajo la lluvia, erguido, inmóvil.

Arnie balbuceó:

— ¿Quién...?

Ni él mismo oyó su voz.

Un lejano relámpago chispeó y en aquellos fugaces instantes la leve claridad que inundó el jardín le permitió distinguir algo más de aquella figura quieta y siniestra.

— ¡Dios, no es posible...!

Se echó atrás, espantado.

Desde la cama, su esposa murmuró:

— ¿Qué haces con la ventana abierta? Estoy helada...

— ¡Está ahí, Wanda!

Ella dio un brinco y quedó sentada en el lecho.

— ¿Qué dices?

— ¡Denis!

— ¡No!

— Abajo...

— ¡Cierra la ventana!

En lugar de obedecer, Arnie volvió a mirar. La oscura figura del muerto continuaba allá abajo. No se había movido una pulgada, ajeno a la lluvia y al frío. Tenía la cara levantada, mirándole...

Mirándole...

— ¡Cierra, Arnie! —chilló Wanda.

— Ven aquí. Quiero que lo veas tú también o creeré que estoy volviéndome loco.

— ¡No, Arnie!

— ¡Ven, maldita sea!

Ella puso los pies en el suelo y murmuró, como si quisiera convencerse a sí misma:

— No es posible, Arnie... sabes que no es posible.

— ¡Ven!

Al fin se reunió con él junto a la ventana. Su marido le rodeó la cintura con el brazo empujándola para que se asomara.

Wanda miró hacia abajo. La siniestra sombra continuaba parada bajo la lluvia. Casi sin voz, la mujer susurró:

— No se ve nada de él... puede ser cualquiera...

— ¡Es Denis!

— No... no lo creo.

De pronto, Arnie la soltó y corrió hacia la mesa escritorio adosada a un rincón. Tanteó los cajones hasta encontrar lo que buscaba y volvió a saltos hacia la ventana.

Empuñaba una potente linterna eléctrica. La encendió y, resueltamente, envió el chorro de luz hacia abajo.

Entonces, Wanda lo vio.

Era Denis Lonergan, tal como lo viera en el ataúd, aún con el algodón en las fosas nasales y en la boca, pero sus ojos tenían ahora un brillo diabólico y la miraban fijo... fijo...

De pronto, el brazo del aparecido se levantó poco a poco, rígido como un palo, y les señaló. Les señalaba, mirándoles fijo...

Entonces, Wanda empezó a chillar, retrocediendo dando traspiés.

Arnie cerró la ventana de golpe y apagó la linterna.

— ¡Calla! —exclamó—. ¡Vas a alarmar a toda la casa!

Ella sacudía la cabeza histéricamente de un lado a otro y sus gritos le pusieron los pelos de punta.

— ¡Maldita sea, cállate!

La abofeteó en un intento de que reaccionara, y al fin Wanda dejó de chillar y se quedó mirándole alucinada.

Pero ya resonaban voces en el pasillo, y alguien llamó a la puerta de modo apremiante.

La voz de Peter gritó:

— ¿Qué ocurre, Arnie?

Fue a la puerta y la abrió.

Los vio a todos allá fuera, mirándole llenos de inquietud.

Debbie miró por encima de su hombro y exclamó:

— ¡Wanda!

Corrió hacia la cama, seguida por Chris Cunningham.

— ¿Qué pasó, tuvo pesadillas? —indagó Peter.

—No...

— ¿Qué haces con esta linterna? Que yo sepa, hay luz en las habitaciones.

Él mismo dio vuelta el interruptor y la encendió.

Dieter Cunningham le miraba fijo, con el ceño fruncido.

— ¿No tienes nada que decir, Arnie? Wanda habrá chillado por algo, digo yo.

Arnie tragó aire. Después dijo de un tirón:

—Denis estaba abajo, al pie de la ventana. Tiró unas piedrecitas contra los cristales, llamándonos. Estaba parado y empapado de lluvia...

Su voz se ahogó en una suerte de quejido agónico.

Peter ya corría hacia la ventana. La abrió de un tirón y asomó medio cuerpo fuera.

No vio nada. No había nadie abajo.

—Viste visiones, Arnie.

Cerró, sacudiéndose el agua de la cara.

— ¿No está?

— ¡Claro que no!

—Lo vimos, Peter... ¿Por qué crees que Wanda se puso a gritar como una loca?

— ¡Al diablo! Alguien está perdiendo la chaveta.

Wanda dijo con un hilo de voz:

—Arnie está diciendo la verdad. Estaba allá abajo, y nos señaló con el dedo... Nos señaló, Peter, y nos miraba con unos ojos terribles, diabólicos...

Peter resopló, incrédulo y furioso. Volvió a restregarse la cara por la que escurría el agua.

—El sargento tenía razón —gruñó—, hay quien ve marcianos.

Dio media vuelta y salió de la habitación echando chispas.

Pero cuando llegó a su cuarto se vistió apresuradamente. No creía que los McMahon hubieran visto al muerto, claro. Pero quizá sí vieran a alguien en el jardín. Quizás al asesino, y si era así...

Echó a correr escaleras abajo tan pronto estuvo vestido.

Abrió la puerta y se hundió en la lluvia, chapoteando en el suelo encharcado del jardín.

Dobló la esquina y allí se detuvo, localizando la ventana iluminada correspondiente al dormitorio de los McMahon.

Entonces se movió con extremada cautela, agazapado, escrutando la tierra.

Hasta que se detuvo, con un helado escalofrío recorriéndole el cuerpo.

Había unas huellas de pies profundamente marcadas en el barro. Pies de hombre.

Levantó la cabeza. Estaba justo debajo de la ventana iluminada.

De modo que alguien había estado allí. Los McMahon habían visto realmente a un hombre plantado bajo su ventana.

Ahora miró en torno con todos los sentidos alerta. Luego, volvió su atención a las huellas, moviéndose paso a paso. Vio cómo se alejaban y cuando llegó a la pradera de césped las perdió.

Sentía el agua empapándole las ropas y helándole el cuerpo. Sin embargo, aún recorrió un trecho por el borde del césped con la esperanza de localizar de nuevo las señales de pies, pero todo fue inútil.

Cuando regresó al interior de la casona, empapado, chorreando agua, sabía que era cierto que alguien había estado acechando a los McMahon.

Y si se trataba del asesino era como para preocuparse.

CAPÍTULO VI

Había cesado la lluvia hacían horas, pero unos nubarrones negros cubrían la tierra como un sudario, prontos a descargar otro diluvio.

No obstante, el sargento Marsh y sus dos agentes, todos de los que disponía en un pueblo como Worcester, habían emprendido el rastreo del terreno partiendo de las huellas descubiertas por Peter debajo de la ventana del cuarto de los McMahon.

Tras no pocas vacilaciones, Arnie McMahon y Dieter Cunningham se habían unido a ellos, conscientes de la escasez de recursos del sargento.

De modo que, divididos en parejas, escrutaban el bosque como sabuesos.

Peter se había emparejado con el sargento. Quizá de todos ellos era el más pesimista.

—Es una pérdida de tiempo —comentó una vez más—. Ese hombre tuvo tiempo de haber llegado a Londres a estas horas.

El sargento se detuvo, resoplando.

—Quizá no haya querido alejarse tanto —gruñó.

—¿Qué quiere decir, sargento?

—Maldito si lo sé, señor Kingston.

Peter encendió un cigarrillo aprovechando aquella parada.

A su alrededor, el bosque se espesaba con una tupida maraña de malezas que chorreaban agua y parecían cerrarlo todavía más.

De pronto, el sargento le espetó:

—¿También usted cree que fue el muerto quien asesinó a la pobre muchacha?

—Por supuesto que no.

—Sus amigos parecen creerlo...

—Tonterías, sargento. Están muy asustados, eso es todo.

—Asustados, sí. Rezuman miedo como agua una esponja. Pero parecen creer en ese cadáver resucitado... o algo por el estilo. ¿Por qué diablos unos hombres y mujeres cultos, en este tiempo, pueden ser tan crédulos? O supersticiosos, llámelo como quiera.

—No me lo pregunto.

—Tengo entendido que todos ustedes eran íntimos amigos, incluyendo al muerto señor Lonergan...

—Bueno, ellos eran íntimos amigos mucho antes de que Lonergan se casara con mi prima Debbie. Ya sabe, fines de semana juntos en ese caserón, viajes en verano, siempre en grupo, excursiones, reuniones en Londres... Todo eso. Luego, Debbie se casó con Denis Lonergan y al parecer nada cambió. Siguieron tan unidos como siempre.

— ¿Y usted?

— ¿Qué?

— ¿No entró a formar parte de ese grupo?

—Oh, no... Yo tengo otra clase de aficiones, sargento. Me gusta divertirme a mi modo.

— ¿Cómo, señor Kingston?

Peter arrugó el ceño.

Antes de que pudiera replicar, el sargento añadió:

— ¿A qué se dedica usted? Porque tampoco lo sé... No sé apenas nada de usted.

—Ya veo... Soy investigador de una compañía de seguros.

—Entiendo. Debe de ser un buen trabajo... casi como el de policía.

—Un poco menos. Nosotros no detenemos a la gente.

Marsh se echó a reír.

—No —dijo—, ustedes aportan las pruebas para que la Policía haga la parte ingrata del trabajo.

—Oiga, sargento, ¿a qué viene todo esto, pretende investigarme a mí?

—A usted y todos los demás que estaban en la casa en el momento de cometerse el crimen, naturalmente. Es pura rutina policial, ya debería saberlo.

—Claro, pero así no cazaré usted al criminal. Cuando mataron a la pobre Verita, todos nosotros estábamos juntos en el salón. Ninguno pudo cometer el crimen.

—Yo no dije que lo hubiera cometido alguno de ustedes.

—Oh, claro que no lo dije. Pero lo investigaré igualmente.

—Bueno, señor Kingston...; hay algo que se llama cómplice, ¿sabe usted?

Se subió el cuello del tabardo y reanudó la marcha por entre la empapada maleza.

Con un sordo juramento, Peter fue tras él.

Cuando más avanzaban, alejándose de la casa de los Lonergan, más convencido estaba de que no encontrarían ni al criminal, ni la solución del extraño misterio.

Sin ellos saberlo, el misterio, la razón absoluta del mal y de la muerte, estaba en la casona.

Las tres estaban silenciosas en el saloncito. Habían saboreado el té y, sorprendidas, descubrían que no tenían nada que decirse.

De haber hablado, el único tema de conversación habría sido el miedo.

Hasta que, al fin, Debbie murmuró:

—Dime una cosa, Wanda...

— ¿Sí?

— ¿Por qué Arnie dijo que todos creíais que Denis había resucitado?

Wanda desvió la mirada.

—No sé... Quizá fue solo una manera de hablar.

—No me pareció que fuera eso. ¿No quieres decírmelo? Tengo la impresión de que todos estáis de acuerdo para ocultarme algo... algo terrible, pero que yo debería saber.

Chris se levantó, nerviosa.

—Será mejor que les preguntes a ellos cuando vuelvan, Debbie.

— ¿Por qué, Chris, por qué a ellos?

La mujer le dio la espalda, encarándose con el ventanal.

—Porque yo no sé nada. Y Wanda tampoco. Pero ellos tienen algo que contarte. Pregúntales.

—Entiendo. No quieres decírmelo tú, es así de sencillo.

Chris Cunningham esbozó un gesto de impaciencia.

—Creo que saldré a dar un paseo por el parque —decidió—. Tengo los nervios crispados de estar aquí encerrada...

Sin esperar respuesta se dirigió a la puerta resueltamente.

Una vez en el exterior respiró a pleno pulmón el aire frío y húmedo. Levantó la cara para mirar las negras nubes que flotaban, muy bajas, amenazantes.

A pesar de la hora, esos nubarrones oscurecían el día como si fuera ya la hora del crepúsculo. Echó a andar despacio, con la cabeza caída sobre el pecho, sumida en sus inquietantes pensamientos. Sabía que no podía ser cierto. La razón trataba de imponerse sobre la incertidumbre y el miedo.

Pero era difícil.

Era difícil porque «ella sabía».

Ella, y Wanda, y los hombres.

Recordaba muy bien cuanto se habían reído de todo aquello, los jocosos comentarios de Lonergan y de su propio marido...

Ahora ninguno tenía ganas de reírse, a pesar del absurdo, a pesar de que no podía ser cierto.

De pronto, gruesas gotas de lluvia repicaron contra el follaje, le salpicaron la cara y Chris volvió a la realidad, sobresaltada.

Miró en torno. Se había alejado demasiado, pensó. Si la lluvia arreciaba iba a calarse hasta los huesos.

Y la lluvia arreció bruscamente. Uno de esos chaparrones intensos, súbitos y que, generalmente, duran poco.

CAPÍTULO VII

Vio el pequeño pabellón en el extremo del parque y echó a correr. Cuando llegó tenía los cabellos chorreando agua, y el vestido pegado a la piel y estaba estremecida de frío.

Se detuvo, jadeando, volviéndose para contemplar la cortina de agua que se abatía sobre la tierra.

El agua producía un chapoteo sordo, profundo, como la voz de la naturaleza viva y cambiante, y repicaba contra la techumbre del pabellón.

No obstante, a pesar del ruido de la lluvia, captó otro sonido extraño que no tenía nada que ver con la tormenta.

En el primer instante no lo identificó conscientemente, solo su mente lo registró, quizá como algo anómalo.

Después, el sonido se convirtió en una cosa concreta.

En el jadeo de una respiración agitada.

Conteniendo el aliento, Chris se volvió en redondo.

Ahogó un grito y sintió que le faltaba el aliento, que se ahogaba.

¡El muerto estaba allí!

¡A dos pasos de distancia, mirándola!

Chris gimoteó:

—¡No... Denis...!

Los labios rígidos del aparecido se distendieron dejando al descubierto los dientes blancos. No fue una sonrisa. Era una mueca atroz, algo insano.

Y sus ojos tenían un reflejo demencial, rojizo, como si no pudiera ocultar el fuego del mal y la insania.

Boqueó como un pez fuera del agua en un vano intento de gritar todo el horror del mundo, todo el espanto que la atenazaba y convertía sus piernas en miembros rígidos, paralizados, inútiles incluso para huir.

Con gestos bruscos, como un autómatas, él distendió los brazos, y sus manos como garras atraparon el cuello de la mujer. Solo en ese instante ella recobró la voz y chilló.

Aulló como una bestia enloquecida atrapada en un cepo, pero la lluvia ahogó sus gritos, y luego las zarpas presionaron salvajemente, cortando su resuello poco a poco... y mirándolo mientras moría.

Chris aún logró, en un último y desesperado intento de sobrevivir, hincar las uñas en las muñecas del aparecido. Tiró de ellas, pero sus pulmones estallaban de angustia y dolor, y todo se oscurecía en su entorno...

Hundida en el abismo del pánico hubiera querido gritarle que la soltara. Que ella era Christine, que durante años y años habían compartido amistad y diversiones, goces y pesares todos juntos.

Ni un sonido brotó de su garganta, y al fin su cuello se quebró y ya no hubo más terror, ni angustia ni dolor.

Solo hubo muerte.

CAPÍTULO VIII

Ahora ya no era solo miedo. Era un pánico irracional que les impulsaba a mirar por encima del hombro cuando estaban solos, o a buscar la compañía de los demás donde fuera que estuvieran.

Se habían llevado el cuerpo de Christine, los policías habían vuelto a patear los alrededores bajo el chaparrón, que duró mucho más de lo que habrían deseado, y al fin se fueron convencidos de que el criminal estaba ya lejos de la casa, del parque.

—Ojalá se rompa el alma —deseó el sargento cuando el coche se puso en marcha, alejándose.

Atrás quedaba el terror, la incertidumbre.

Dieter, abatido, destrozado porque todos sabían cuánto había amado a su mujer, estaba hundido en una butaca, ajeno a todo lo que no fuera su dolor.

Peter acababa de cambiarse de ropas y descendía la escalera, y abajo hablaban en susurros Arnie McMahon y su esposa, al pie de los peldaños.

Callaron cuando él apareció.

—Y Debbie, ¿dónde está? —indagó Peter, parándose en los primeros escalones.

—Creo que ha ido a hablar con la señora Feury respecto a la cena.

— ¿Y Dieter?

Arnie señaló la puerta del salón.

—Ahí. Destrozado.

—Claro.

— ¿Qué piensas hacer tú, Peter, vas a quedarte o regresas a Londres?

—He de volver a mi despacho. Dejé varios asuntos por resolver, pero quisiera que Debbie se viniera conmigo. No es bueno que se quede aquí después de todo lo que ha sucedido.

—Opino como tú. Nosotros nos iremos mañana a primera hora.

Wanda murmuró:

—No puedo soportarlo más, Peter. Veo sombras en todas partes, oigo ruidos extraños... y «siento» que me espía.

— ¿Quién?

—Él, Denis.

Peter suspiró.

—Vamos, vamos, seamos sensatos, Wanda —gruñó.

—Yo sé lo que me digo. Noto un poder diabólico a mi alrededor, algo que no es de este mundo.

—Escucha, todo esto son tonterías absurdas. Los muertos no vuelven a la vida. Y menos, convertidos en asesinos bestiales como el que ha matado a Chris y a la sirvienta. ¿No te das cuenta?

—Ya no sé lo que es real y lo que no, pero te aseguro que lo noto... es nada más una sensación, pero fuerte, aterradora, Peter. Sé que algo o alguien nos acecha, lo sé.

Peter se encogió de hombros. Acabó de bajar y le espetó a Arnie:

— ¿Tú también piensas como ella?

—Sí, Peter.

—Que me cuelguen... En mi vida oí semejante estupidez.

—Puedes pensar lo que quieras, pero esta noche no pienso acostarme —dijo Wanda—. Estaré despierta hasta que amanezca y entonces nos iremos.

Él frunció el ceño.

— ¿Piensas que el tipo de anoche volverá a jugar a los fantasmas?

—Ríete... pero no quiero vivir otra experiencia semejante.

Se fueron al salón dejándole solo, parado en el gran vestíbulo, pensativo y preocupado.

Aún estaba allí, indeciso, cuando vio llegar a Debbie, pálida y con grandes sombras oscuras en torno a sus bonitos ojos azules.

Ella murmuró:

— ¿También tú vas a marcharte?

—No puedo quedarme, ya lo sabes.

—Claro.

—Pero quiero que vengas conmigo a Londres, Debbie.

Ella sacudió la cabeza.

—Esta es mi casa, Peter.

—Y puede convertirse en tu sepulcro. Hay un maníaco asesino rondando en alguna parte que ya ha matado dos veces. Es una temeridad inútil seguir aquí, tú sola, hasta que ese engendro haya sido capturado.

— ¿Y si no le descubren qué he de hacer, abandonarlo todo, la casa, las tierras, todo?

—Eso es solo cuestión de tiempo.

Ella sacudió la cabeza obstinadamente.

—He de quedarme —insistió con voz ronca.

—Solo te pido que reflexiones, querida. Piénsalo.

—Ya lo he pensado, y no creas que lo hago porque tenga suficiente valor para desafiar el riesgo. Pero todo lo que tengo está aquí. No lo abandonaré.

Él desistió en sus intentos por convencerla. Solo dijo al fin:

—Bien, vayamos a reunirnos con los demás. El pobre Dieter está hecho polvo.

—¿Y cómo quieres que esté? Pero hay algo que quisiera decirte.

—Bueno, adelante.

—Ellos saben algo que yo ignoro. Parecen compartir algún secreto horrible que no quieren confiarme. ¿Tienes idea de lo que puede ser?

—Ni la más remota. ¿Por qué no les preguntas abiertamente?

—Ya lo hice cuando estábamos juntas, Wanda, Chris y yo... No quisieron hablar. Eso fue poco antes de que Chris saliera al jardín para no volver.

—¿Y con ellos, hablaste con Arnie y con Dieter?

—No...

—Hazlo. Quizá se trate de algo relacionado con tu marido y si es así hablarán con más libertad si yo no estoy presente. No les simpatizo.

Ella le observó llena de aprensión. Al fin murmuró:

—Quizá tengas razón. Les hablaré después de la cena.

Al quedar otra vez solo, Peter inició un recorrido por toda la planta baja del gran caserón comprobando los cierres de las ventanas y las puertas.

En la cocina encontró a la señora Feury dando los últimos toques a la cena y la mujer le miró, sobresaltada.

Él dijo:

—Tranquilícese, solo vine a comprobar si esta puerta estaba cerrada con llave.

—Ya puede jurar que sí, señor Kingston. Y he cerrado también las contraventanas.

—Eso está bien.

Abandonó la cocina. Estaba en el oscuro pasillo, debajo del tejadillo formado por el vuelo de la escalera, cuando notó aquello.

Se detuvo en seco, sobrecogido, porque en su vida había sentido esa extraña sensación que le dominaba.

Era algo puramente subjetivo, imposible de definir. Pero no había duda que era algo nuevo, algo jamás experimentado, esa fuerza implacable envolviéndole, turbándole hasta el extremo de que por unos momentos fue incapaz de moverse, casi incapaz de respirar.

Al fin hizo esfuerzos para reaccionar y reanudó el camino hacia el sombrío vestíbulo. Se detuvo allí y solo entonces descubrió que tenía la frente y las sienes empapadas de sudor helado.

Pensó que estaría bueno que empezara a creer en fantasmas a su edad. En poderes ocultos y esas zarandajas.

No obstante, hubo de confesarse que durante unos instantes fugaces había sentido como si una fuerza magnética y poderosa tratara

de dominar su voluntad.

Maldijo entre dientes. Luego fue a reunirse con los demás.

CAPÍTULO IX

Estaban sentados en torno a la mesa, y la señora Feury se disponía a servir la cena, cuando fuera de la casa se oyó el poderoso roncar de un motor. Una ráfaga de luz de los faros de un coche barrió la ventana y oyeron aún como avanzaba hasta la fachada delantera. Allí, el motor rugió y se detuvo y las luces se apagaron.

Arnie masculló:

—Los policías, seguro.

—¿Qué vendrán a buscar a estas horas?

Peter se levantó.

—Yo iré a ver qué quieren —dijo.

La campanilla de la puerta repicó un par de veces cuando ya salía del comedor.

Él también estaba intrigado. Pensaba que tal vez el sargento habría descubierto alguna pista, o echando el guante al criminal. Ojalá fuera eso, pensó, porque se resistía a abandonar a su prima en el caserón, cuando él se marchara.

Abrió de golpe.

Y se quedó helado, porque no era el sargento Marsh.

—¿Qué infiernos haces aquí? —balbuceó, estupefacto.

La hermosa muchacha sonreía muy contenta.

—Hola, Peter. Apuesto a que te he sorprendido.

—¡Maldita sea! Ya puedes jurarlo.

—¿Puedo entrar? No parece muy satisfecho de verme.

Se echó a un lado y cerró la puerta cuando ella la hubo cruzado.

Se volvió, mirándola de arriba abajo. Vestía unos pantalones negros, ajustados a la piel, tan ceñidos que no se necesitaba emplear la imaginación para ver con detalle lo que había debajo. Y lo que había debajo eran unas piernas largas, unos muslos prietos y unas caderas firmes y redondas, todo lo cual sostenía el resto de un cuerpo delirantemente deseable y que él conocía muy bien.

La cara pizpireta de la muchacha estaba llena de gozo cuando le espetó:

—¿Sabes lo que dijo Mahoma?

—¿Qué?

—Aquello de la montaña.

—Debes de estar loca, Pat.

Tenía unos ojos grandes, rientes, alegres, pero profundos y llenos de vida. Y unos labios que en ocasiones hacían que Peter perdiera el mundo de vista, solo que eso era en ocasiones.

En esos momentos, habría deseado sacudirle un buen tortazo.

Entonces ella dejó de reír y comentó:

—Si eso ha de tranquilizarte, cariño, te diré que solo estoy de paso. Voy a Stonhaven por cuenta de la compañía. Así que no creas que he viajado desde Londres bajo un temporal solo atraída por tu *sex-appeal*.

—Bueno, yo no dije nada. Solo que me has sorprendido.

—Eso no necesitas jurarlo. ¡Oh, demonios, Peter!

Le echó los brazos al cuello y estampó los labios contra su boca. Fue todo un beso, voraz y experto, y que duró hasta que ambos se quedaron sin aliento.

Ella jadeó:

—Ahora me siento mejor.

—Yo no.

—Lo sé. Ahora tú querrías algo más.

Se echó a reír y por primera vez miró lo que les rodeaba. El enorme vestíbulo, los grandes tapices que colgaban de las paredes y los pesados muebles antiguos y oscuros, y la gran escalera que, al fondo, se elevaba en graciosa espiral hacia el piso superior. —Oye, ¿qué clase de mausoleo es eso? —exclamó.

Él emergió de aquella especie de marasmo en que le había sumido la presencia de la muchacha y barbotó:

—Ya que estás aquí, supongo que habré de hacerte los honores. Pero has llegado en unos momentos condenadamente malos, Pat.

—Ya sé. La muerte del marido de tu prima y todo eso. Me enteré cuando pregunté por ti en la oficina, antes de salir.

—Si solo fuera eso...

—¿Es que hay algo más?

—Te lo contaré después. Ahora es mejor que te presente a mi prima y los otros. Esta noche te quedarás aquí, supongo.

—Espera un minuto, querido.

—¿Qué?

—No quiero causarte problemas. Me gusta viajar de noche, de modo que puedo continuar perfectamente hasta Stonhaven. Tengo reserva en un hotel.

—Te quedarás. Vamos, nena, deben de estar impacientes.

La llevó al comedor, y su aparición causó una auténtica sorpresa en todos ellos.

Peter explicó:

—Se llama Patricia Bridgers y trabaja en la misma compañía que

yo.

Ella sonrió.

—Y hago su mismo trabajo —terció, irónica—. Ya saben, la igualdad de oportunidades y toda esa majadería.

—No te dispaes, querida.

Le presentó a cuantos estaban en torno a la mesa, mirándola sorprendidos.

Luego, la señora Feury puso otro cubierto y cenaron en medio de un silencio más bien tenso.

En un momento dado, Pat susurró:

—Oye, ¿qué ha sucedido aquí, Peter? Todo el mundo está asustado. Además, ¿por qué hay un vigilante ahí fuera?

A él casi le cayó el tenedor de los dedos.

— ¿Qué vigilante?

—Bueno, me pareció que lo era. Lo vi un instante cuando las luces le siluetearon contra los árboles. Un hombre alto, vestido de oscuro. Me pareció que vigilaba o algo así, porque estaba allí, parado, en la oscuridad.

Él se levantó de un salto.

— ¡Cristo, y no lo dices hasta ahora!

Los demás lo habían oído también y permanecían rígidos.

Peter ya corría hacia la puerta. Perpleja, la muchacha dijo:

— ¿Qué le pasa?

Pero se fue tras él a escape.

Le alcanzó junio a la puerta.

— ¡Peter! ¿Puedes decirme qué ocurre?

— ¡Vuelve con los demás!

—Oh, no cariño. Si hay emociones a tu lado las viviremos juntos. Pero tienes que decirme de qué va el argumento...

Él la miró echando chispas.

Dijo rechinando los dientes:

— ¿Te asustan los cadáveres?

—No me gustan, claro, pero tampoco me asustan.

— ¿Seguro?

— ¿A dónde quieres ir a parar?

—Hay un muerto ahí fuera, en alguna parte, que ya ha asesinado a dos mujeres.

— ¿Un muerto?

—Un cadáver.

Ella perdió algo de color.

—Estás bromeando.

Peter abrió la puerta.

—Vuelve con ellos y que te cuenten lo que sucede. Yo intentaré cazarle.

Salió, y antes que pudiera cerrar ella estaba también fuera, a su lado.

—Te indicaré dónde le vi —dijo sencillamente.

—Ya que quieres meter la nariz en este asunto, puedes hacer algo más constructivo. Pon en marcha el auto y enciende los faros. Necesitamos luz si hemos de ver algo en estas tinieblas.

Ella corrió hacia su pequeño Triumph rojo. El motor rugió y la catarata de luz de sus faros barrió las sombras del parque.

Condujo despacio, dándole la vuelta hasta que los faros alumbraron la cortina de árboles que había al otro lado del césped.

—Estaba allí, Peter, ¿lo ves? Junto a los robles.

—Bueno.

Echó a correr a través del prado, y una vez junto a los árboles escrutó el suelo bañado de luz.

Había hojarasca seca, pero debajo la tierra era puro barro.

Los pies de un hombre habían hundido las hojas muertas profundamente y siluetado las huellas de los zapatos.

Peter se enderezó, enfurecido.

Hubo de convencerse de que intentar seguir las huellas dentro de la arboleda era una inútil pérdida de tiempo.

Volvió atrás refunfuñando. Desde el coche, Pat indagó:

— ¿Encontraste algo?

—Huellas de pie. El maldito estuvo allí... Vigila la casa todavía.

— ¿Quién, un cadáver?

—No lo tomes a chacota, nena. Te repito que ya ha matado dos veces.

—Oye, siéntate aquí, a mi lado, y cuéntame eso. Los muertos son algo muy serio para andar por ahí, matando gente.

Él se deslizó en el asiento, gruñendo, porque acomodar sus largas piernas en el pequeño cubículo del coche deportivo era todo un juego de contorsionismo.

—No comprendo cómo te gusta conducir esta miniatura — refunfuñó—. Uno no puede ni sonarse la nariz aquí dentro.

—Sí, ya sé. Tú prefieres ese monstruo tuyo porque puedes convertir los asientos en una cama. Los conozco bien.

Él suspiró resignadamente.

Tal vez para escapar al desconcierto, le relató todo el caso de principio a fin.

Cuando calló, Pat estaba tan perpleja que tardó unos instantes en reaccionar.

Entonces exclamó:

— ¡No me digas que ellos creen que es el propio Lonergan quien ha cometido esos crímenes!

Peter asintió:

—Lo creen. No me preguntes por qué, pero lo creen.

— ¿Y tú?

—Bueno, digamos que dudo.

— ¡Peter! ¿Cómo puedes...?

—Admito la duda, porque ignoro si Lonergan estaba realmente muerto. ¿Comprendes? El médico certificó un infarto y todo eso, ya lo sé, pero yo no le vi muerto. Y el cuerpo desapareció como si se hubiera esfumado en el aire.

—Alguien lo hizo desaparecer, es así de sencillo.

— ¿Con qué objeto, solo para sembrar el terror? Demasiado complicado.

—Quizá para que a nadie se le ocurriera la idea de averiguar a fondo las causas de la muerte —deslizó la muchacha con voz suave.

Peter se envaró.

— ¡Ahora has dicho algo! —exclamó.

—Imagina que no murió de un infarto. Imagina que le envenenaron. Hay tóxicos capaces de engañar a los médicos, si estos no profundizan demasiado en el examen del cadáver, o si no practican la autopsia. Derivados de la muscalina, por ejemplo. Paralizan los músculos en cuestión de segundos, y el corazón no es más que un músculo.

— ¡Maldita sea! Eso debió ocurrírseme a mí.

—Bueno, tú estabas influenciado por el ambiente, por la familia... Yo no. Además, aprendí a tu lado, ¿recuerdas?

—No dores la píldora. He sido un maldito tonto.

—Admitido.

Él ladeó la cabeza y la contempló en la penumbra. Los ojos de la muchacha brillaban en la oscuridad como los de un gato.

—Te quiero —susurró.

Estuvieron besándose una y otra vez, estrechamente abrazados, hasta que ella musitó, con los labios junto a su boca:

—Eso del corazón, Peter...

— ¿Qué?

—El mío, en lo que a ti respecta, es algo más que un pobre músculo.

—Nena...

—Supongo que estás tratando de comprobarlo con esas manazas...

Él retiró las manos precipitadamente.

Oyó la risita de la muchacha y sintió que le ardían las orejas.

—Será mejor que volvamos —balbuceó.

Se recostó contra el asiento, las piernas dobladas de mala manera bajo el tablero de instrumentos.

En aquel instante ella exclamó:

— ¡Míralo, Peter, ahí!

Dio un respingo. Olvidó donde estaba y su cabeza golpeó la rígida capota y él soltó un quejido.

Vio al hombre parado al borde del cono de luz de los faros.

Vio la cara del hombre y olvidó el dolor del cabezazo y solo murmuró:

— ¡Denis... Denis Lonergan...!

La muchacha desorbitó la mirada.

— ¿El muerto? —jadeó.

— ¡Maldita sea su alma!

Peter se retorció en el asiento, luchando por abrir la pequeña puertecilla, por sacar las piernas de aquel maldito cubículo, rezongando entre dientes porque era todo un problema.

Cuando logró salir de aquel cepo, del aparecido no había ni rastro.

— ¿A dónde fue, le viste? —chilló.

—A tu derecha, hacia esos arbustos recortados... ¡Espera, Peter!

— ¿Por qué?

Ella salió del coche. Llevaba algo en la mano y se lo tendió.

Instintivamente, Peter atrapó el revólver y se quedó mirándola asombrado.

Ella susurró:

—Siempre lo llevo cuando viajo de noche... Ahora, atrápalo.

—Buena chica.

Saltó hacia los arbustos y mientras corría amartilló el arma.

A su espalda, Pat dio la vuelta del coche, enviando los largos conos de luz en aquella dirección.

Pero a pesar de sus esfuerzos no pudo descubrir el menor rastro del fugitivo.

Veinte minutos después volvió al lado del coche, maldiciendo entre dientes.

Para entonces, todos los demás estaban también allí fuera, rodeando a Patricia y hablando excitados.

Arnie le espetó:

—Así que tú también le has visto, Peter.

—Escapó. Maldito si sé cómo, pero desapareció más allá de los árboles.

Aún llevaba el revólver amartillado en la mano y la visión del arma sembró el desconcierto entre los demás.

Cuidadosamente, bajó el martillete, y se guardó el revólver en el bolsillo.

Patricia apagó las luces del auto y entraron en la casa.

Tan pronto se cerró la puerta, Peter se plantó ante ellos y con voz seca gruñó:

—Creo que ya es hora de que alguien empiece a hablar. Ya me

cansé de este juego, así que adelante. ¿Quién empieza?

Se miraron sobresaltados. Luego, con voz débil, Arnie murmuró:

—Vayamos al salón. Creo que... que tienes derecho a saberlo. Y Debbie también.

CAPÍTULO X

Acomodados en torno a la chimenea encendida, esperaron a que la señora Feury sirviera café y licores. Luego, cuando la mujer se fue cerrando la puerta, Arnie giró la cabeza hacia Dieter y dijo:

— ¿Quieres explicarlo tú?

—Es igual. Cuéntaselo, aunque no lo creerán, así que tanto da uno como otro.

Patricia se había sentado en una amplia butaca, con Peter acomodado sobre el brazo del mueble. Levantó la mirada, pero él tenía los ojos fijos en Arnie McMahon. Se sorprendió de la dureza de aquella mirada.

McMahon empezó:

—Todo viene de un viaje que hicimos juntos... Dieter y Chris, Wanda, yo y Denis Lonergan. Eso fue antes de su boda contigo, Debbie. En realidad, al regreso de ese viaje fue cuando fijasteis la fecha para casaros...

— ¿Qué tiene que ver eso?

—La boda, nada, por supuesto. El viaje sí. Es la raíz de todo lo que está pasando.

Peter gruñó:

— ¿Por qué no vas al grano, Arnie?

—Sí... Sí, claro. Hicimos un viaje a la India. Lo habíamos planeado durante más de un año, igual que otros antes, a distintos lugares. Bueno, nos fuimos a la India. Pensábamos viajar por aquel país durante casi un mes. Lo recorrimos por nuestra cuenta, sin guías ni organizaciones turísticas. Nada.

Hizo una corta pausa mientras encendía un cigarrillo.

Después prosiguió:

—Tomamos parte en algunas cacerías organizadas, eso sí. Fue en una de ellas cuando oímos hablar a unos indígenas de una secta de fanáticos extinguida cientos de años antes. Fue la primera vez. La secta tenía un nombre extraño... Akabar Naja. Fue la primera vez que la oímos mencionar. Después, en otra ocasión, los porteadores de una cacería señalaron unos montes cubiertos de selva y dijeron que no querían cazar allí, que era tierra maldita. Nos reímos de ellos claro, pero no pudimos conseguir que siguieran adelante. Según ellos, allí se

ocultaba el demonio Naja. De modo que volvimos atrás y seguimos la cacería por otros parajes.

Con voz sorda, Dieter gruñó:

—Naja significa serpiente, es la Cobra Real de Asia.

Peter intervino, al ver que Arnie se había interrumpido:

—Hay cientos de supersticiones como esa en la India. Adoran cualquier ídolo, cuanto más estrafalario mejor. Esos debían de adorar las cobras.

—Tenían un ídolo —murmuró Arnie—. Una figura pequeña, apenas de dos pies en alto. Era horrible.

— ¿Cómo lo sabes, si esa religión, o lo que fuera, se había extinguido cientos de años atrás?

—Ese es el nudo de la cuestión. Lonergan quedó muy intrigado con las revelaciones de los nativos, así que cuando regresamos a Calcuta se dedicó a hacer averiguaciones. Investigó en las bibliotecas, en la Universidad, y al fin, entre los santones de cualquier culto a los que pudo echar mano. Se enteró de todo lo que fue posible y llegó a la conclusión de que, realmente, aquella secta se había desarrollado en la región señalada por los porteadores de caza. Allí tuvieron un gran templo en sus buenos tiempos.

— ¿Y qué?

—Decidimos buscarlo —dijo Dieter, sombrío.

— ¿El templo?

—Sus ruinas, porque pensábamos que solo quedarían ruinas, vestigios del templo si realmente había existido.

—Ya veo.

—Lonergan estaba obsesionado con aquello. Era más emocionante que una simple cacería. Tuvimos algunas discusiones, pero al fin se salió con la suya.

Arnie retomó la palabra.

Dijo:

—Hubo dificultades desde el principio, porque los nativos se negaron en redondo a acompañarnos. Necesitamos replantear toda la expedición de nuevo, llevando solo lo más imprescindible para poder cargarlo nosotros...

Wanda dijo, interrumpiéndole:

—Yo no quería ir. Le dije a Denis que era una insensatez... Ojalá me hubiesen hecho caso.

Peter sacudió la cabeza.

—Todo eso está muy bien, Arnie. Pero solo dime una cosa, si no te importa. ¿Encontrasteis las ruinas o no?

—Sí, en lo más intrincado de la selva, solo que eran algo más que ruinas. Buena parte del templo aún estaba en pie, cubierto de vegetación, con gigantescas raíces aferradas a los muros,

destruyéndolos poco a poco, pero contribuyendo a sostenerlos al mismo tiempo.

Patricia se irguió un poco en la butaca. Todo aquello no dejaba de sorprenderla, porque hasta el momento nada de cuanto escuchaba podía explicar ni remotamente la absurda creencia de aquellos seres llenos de miedo.

Arnie añadió:

—No tienes idea de lo que era aquella selva, Peter... un auténtico infierno verde.

—No divagues. ¿Qué había en el templo?

—El ídolo. Una figura horrible que...

Dieter gruñó bruscamente:

—Deja que lo cuente yo ahora. El ídolo no mediría más allá de dos pies de altura. El cuerpo tenía cierta semejanza con el de un pequeño Buda, pero la cabeza... la cabeza era la de una cobra.

—Entiendo.

—Era la cabeza de una serpiente cobra en actitud de ataque, con el cuello distendido, ya sabes. Esa era la deidad adorada por los seguidores de Akabar Naja. Y había algo en el ídolo que inquietaba, eso puedo jurarlo, porque sentimos escalofríos con solo verlo, con solo advertir la terrible maldad que se desprendía de los ojos de la cobra... unos ojos rojizos. Eran rubíes incrustados, naturalmente, pero parecía como si tuvieran luz propia, como si tras ellos se ocultara el mal.

—¿Eso es todo, viene de aquí ese temor absurdo que...?

—Aún no he terminado, Peter.

—Lo siento, adelante.

—Exploramos el templo. Ya que estábamos allí había que verlo todo. Bueno, lo vimos, y por poco no nos costó la vida. Descubrimos un pasadizo, y unos escalones labrados en la roca viva. Descendimos por ellos, y allá abajo...

Su voz se quebró durante un instante.

Fue Arnie quien dijo:

—Allá abajo casi nos hundimos en un revoltijo de serpientes vivas. Cobras venenosas como el demonio. Decenas, cientos... No sé las que llegaron a surgir de todos lados. Lonergan vació su revólver contra las cabezotas que se alzaban a nuestro alrededor, y Dieter y yo le imitamos mientras él recargaba su arma. Retrocedimos, disparando y disparando... un estruendo espantoso, con cabezas de cobra reventando...

Su voz se quebró y hubo un largo silencio.

Después, Dieter siguió:

—Nos reunimos fuera de aquel antro, pero Lonergan estaba como loco. Yo creo que estaba rabioso a causa del terror que las serpientes le habían producido. Reunió puñados de ramas secas, las encendió y

las tiró escaleras abajo. Luego, solo tuvo que esperar. No sé cuántas cobras mató... docenas. Las cazábamos a medida que salían, acuciadas por las llamas. Y hubo muchas otras que se quedaron abajo, atrapadas por el fuego. Fue algo nauseabundo.

—Sigue.

Dieter desvió la mirada. Sus ojos se encontraron con los de Arnie y por unos segundos estuvieron tan quietos como figuras de madera.

—Salimos de allí temblando —gruñó Dieter de pronto—. Las mujeres estaban fuera, aterrorizadas, de modo que decidimos largarnos cuanto antes, tan pronto hubiésemos descansado un poco. Lonergan propuso llevarnos el ídolo. Entonces apareció el viejo. Nunca he sabido de dónde salió, pero surgió de pronto como brotado de la tierra, entre una maraña de arbustos. Igual podía tener ochenta que cien años, era una pura arruga, y sucio hasta la náusea.

—Él fue quien nos gritó que nos marchásemos de allí. Estaba furioso como un diablo, el maldito. Gesticulaba y aullaba, y creo que nos maldecía, aunque yo no entendía una sola palabra. Pero Lonergan sí... él conocía un puñado de dialectos hindúes y empezaron a discutir como gatos salvajes. ¡Maldita sea! Fue el viejo quien le dijo que Akabar Naja existía, que era algo más que el pequeño ídolo, que tenía un poder sobrenatural que protegía a sus seguidores y cosas así.

Peter soltó un juramento.

—Me parece que ya he oído bastante. Es increíble que hombres y mujeres modernos, cultos, seáis capaces de creer esas estupideces. Porque supongo que todo eso de que el muerto revivió largándose del ataúd lo relacionáis con ese culto, o el ídolo con cabeza de serpiente cobra. ¿No es así?

—Peter, aquel viejo era el último guardián y adorador del ídolo... tenía cientos de años.

—No me digas...

— ¡Los tenía, créeme! Habló de sucesos que había vivido, cosa que nosotros solo sabíamos por haberlas leído en los viejos libros de Historia. Cosas ocurridas mucho antes de que los ingleses pusieran pie en la India, antes de que los portugueses la descubrieran...

—Y le creísteis...

— ¡Maldita sea, Peter! ¿Crees que un viejo sucio, analfabeto, ignorante, había estudiado Historia en alguna Universidad? ¡Él lo sabía, lo había vivido, y había muerto y vuelto a vivir!

Peter saltó de la butaca. Se pasó la mano por la cara, furioso e incrédulo.

—Está bien, Arnie, si eso te agrada puedes creer en milagros, lo mismo que los demás, a nadie le importa si queréis hacer el ridículo. Pero yo necesito algo más para admitir tamaña paparrucha, así que buscaré el cadáver de Denis y cuando lo encuentre quizá el misterio

no haya venido de ese demonio ni de ese infierno verde.

Dieter se irguió, tenso.

— ¿Qué quieres decir con eso?

—Se me ocurre que la desaparición del cadáver de Denis Lonergan tal vez obedezca a otros motivos mucho más sórdidos.

— ¡Pero tú mismo le has visto ahí fuera!

—Creí verle. Todos estamos sobreexcitados, casi sugestionados por todo lo que ha pasado. Admito que se parecía a él como una gota de agua a otra... pero si Denis murió es evidente que no podía ser su cadáver, por muchos ídolos que profanara, o por muchos viejos sacerdotes de un culto salvaje y extinguido que le dieran su maldición.

—Entonces, ¿qué es lo que piensas realmente? Porque si lo que crees es que Denis no murió, déjame decirte que estás más loco que todos nosotros juntos. Un médico como el doctor Geller no puede equivocarse hasta ese extremo.

—Pero puede confundir los síntomas —replicó Peter con voz tranquila—. Puede creer que murió de un infarto, y equivocarse si Lonergan, por ejemplo, hubiera sido envenenado.

Dieter pegó un salto y se puso rojo. Arnie boqueó incapaz de hablar.

Pero solo Debbie encontró voz suficiente para murmurar:

—Lo que acabas de decir es monstruoso, Peter.

—Es solo una suposición, no lo olvides. Pero si Denis hubiera estado asegurado en mi compañía, después de todo lo que ha pasado yo sería el primero en exigir una autopsia antes de abonar ninguna póliza a su nombre.

Dieter estalló.

— ¡Debería obligarte a pedir disculpas a Debbie! La estás acusando poco menos que de asesinato, porque cuando Denis murió solo ella estaba aquí. ¿Qué clase de basura tienes en la cabeza, maldita sea?

—Hay infinidad de maneras de administrar un buen tóxico. Yo no acuso a Debbie ni a nadie. ¿Crees que soy idiota o qué? Me limito a exponer una posibilidad contando con que alguien hizo desaparecer el cadáver.

— ¡Nadie tocó el cuerpo de Lonergan, métete eso en la cabeza!

—Al diablo con todo esto.

Volvió a sentarse y encendió un cigarrillo.

Patricia susurró:

—Me parece que no voy a quedarme, Peter.

—Tonterías.

Dieter seguía congestionado por la ira. Se fue hacia la ventana para tener una excusa y darles la espalda a los demás. Se quedó allí parado, fumando nerviosamente. Poco después Arnie se levantó y

como al desgairé fue a reunirse con él.

Con voz que era un susurro dijo:

— ¿Crees que debemos decirles el resto?

— Solo a Debbie, cuando estemos a solas con ella.

— No sé...

— ¡Ese maldito sabelotodo me pone enfermo! No tiene derecho a saber lo otro. Y creo que ya le hemos dicho demasiado.

Arnie titubeó.

Desde allí oyeron a Debbie cuando dijo:

— Si ese es todo el misterio, Wanda, me pregunto por qué no me hablasteis de ello desde el principio.

Apurada, Wanda McMahon desvió la mirada y se abstuvo de replicar.

Fastidiado, Peter murmuró:

— Patricia pasará la noche aquí, Debbie...

— Naturalmente.

— ¿Puede ocupar la habitación contigua a la mía? Creo que está libre.

— Por supuesto que sí. Acompáñala tú mismo. ¿A qué hora piensas marcharte mañana?

— No sé... después del desayuno. Y deberías venir conmigo, Debbie.

— Ya te dije cuál era mi decisión.

Él suspiró resignadamente.

Dieter gruñó de mal talante:

— Antes de que te fueras, se me ocurre que sería una gran cosa que le pidieras disculpas a Debbie.

Esta sacudió la cabeza.

— Olvídalo, Dieter. Estoy segura que Peter no quiso herirme. Buenas noches, querido...

Patricia le sonrió, y luego ella y Peter abandonaron el salón.

Mientras subían las escaleras, ella susurró:

— Eres un tramposo. De modo que la habitación contigua a la tuya, ¿eh?

Peter le rodeó la cintura con el brazo.

— Es solo para que nada te ocurra, linda. Cuanto más cerca esté de ti, menos tendrás que temer.

— De eso quisiera estar segura...

Siguieron riéndose muy quedo hasta desaparecer en el rellano del piso superior.

En las sombrías profundidades del vestíbulo, bajo el vuelo de la escalera, dos puntos rojizos, malignos como el fuego del infierno, siguieron escrutando el camino por el que ellos habían desaparecido.

CAPÍTULO XI

Las mujeres se habían retirado también, mientras Dieter y Arnie se quedaron apurando los cigarrillos y las últimas copas.

McMahon gruñó:

—No entiendo por qué no has querido que le dijera el resto a Debbie.

—Porque Peter aún está aquí. Ella podría cometer cualquier indiscreción antes de que ese estúpido se haya marchado. Se lo contaremos todo mañana.

—Está bien, Dieter. Ojalá todo esto hubiera terminado de una vez. Debimos haberlo hecho cuando Lonergan aún vivía.

—Él fue el más interesado en esperar, y no le faltaba razón. Una cosa como esta hay que meditarla, y después obrar sin prisas, con mucha cautela o perderíamos la mitad.

McMahon tiró el cigarrillo a la chimenea.

—Espero que esta noche no suceda nada —suspiró—. Wanda está a punto de perder los nervios.

Dio las buenas noches y Dieter quedó solo. Aún permaneció unos minutos más frente a la chimenea, donde los últimos rescoldos estaban apagándose, y al fin también se dirigió a su cuarto.

Subió las escaleras pensativo con una vaga y extraña zozobra dominándole. Pensó que se debía a los terribles sucesos vividos últimamente. Pensaba en el horrible ídolo también y en que, dejando aparte lo demás, habían sido unos locos cuando, en aquel infierno verde, se habían deshecho del viejo vociferante.

Abrió la puerta de su cuarto y dio vuelta a la llave de la luz.

No sucedió nada.

Debía de haberse fundido la bombilla. Rezongando, avanzó a tientas hacia la mesilla contigua a la cama donde había una lámpara de noche.

Se detuvo, junto a la cama, tanteando en la oscuridad.

Entonces hubo un extraño siseo en el aire, y antes que pudiera volverse, un relámpago de dolor ardió en su nuca.

Fue solo una brevísima fracción de segundo.

Un estallido.

Cayó de bruces sobre la cama y allí quedó, inmóvil, muerto.

La puerta se abrió y cerró en silencio. Nadie oyó nada.
Nadie captó los cautelosos pasos de la muerte.

Jadeando, Patricia se relajó aún pegada a él, sumidos los dos en la oscuridad cómplice del cuarto.

Los labios de Peter acariciaron los suyos con ternura, y luego se deslizaron lentamente por su garganta produciéndole una sensación de hormigueo, un placer infinito.

—Estás loco —musitó—. Lo malo es que yo estoy peor que tú. Debiera haber seguido el viaje a Stonhaven...

—Allí habrías tenido que dormir sola.

— ¿Tú que sabes? Hay otros hombres, me parece a mí.

Rio quedo, enredando los dedos en la revuelta pelambrera de él mientras sentía sus caricias en las cimas tensas de los senos.

—Tú, sátiro...

Él se apartó al fin.

Tanteó en la mesilla de noche y encendió dos cigarrillos, y ambos fumaron unos momentos sin hablar, ahítos de amor.

— ¿Qué opinas de todo lo que te han contado McMahon y el otro?

Él soltó un gruñido.

—Se han callado algo, eso es seguro. Pero de cualquier modo me resisto a admitir que creas de veras en la vuelta a la vida de Denis Lonergan. Pasara lo que pasase en las selvas de la India, esos no pueden creer que un hechizo es capaz de devolver la vida a los muertos.

— ¿Y cómo supones que hicieron desaparecer el cadáver?

Peter reconoció:

—No lo sé. Los McMahon habían llegado poco antes que yo y juran que el cadáver estaba en el ataúd. Entraron a verlo. Luego, cuando yo entré, ya no estaba.

—Alguien pudo sacarlo, ¿pero había por donde hacerlo?

—La ventana estaba cerrada. Hay una puerta, y lo mismo, cerrada. Lo comprobé.

Patricia fumó lentamente el cigarrillo.

—Cualquier diría que si eso es así el cuerpo no pudo salir de la habitación, ¿no te parece? —susurró.

—Exacto. Ni salir, ni nadie pudo sacarlo. Y no le des más vueltas, eso no es nada que deba preocuparte, Pat, querida.

—Ya lo sé, pero es un misterio fascinante.

Él no replicó. Cuando apagaron los cigarrillos, ella se acurrucó contra el duro cuerpo del hombre y suspiró:

—Hacía tiempo que no pasábamos toda una noche juntos...

Peter la abrazó. Y al sentir en sus manos el cuerpo desnudo y

confiado de la muchacha experimentó una profunda sensación de plenitud.

Así quedaron dormidos, ajenos al terror, a la muerte que reinaba más allá de aquella habitación donde no tenía cabida otro sentimiento que el placer y el amor.

CAPÍTULO XII

Wanda cumplía su propósito. Estaba despierta, tenía la luz encendida y fumaba sin parar, llena de miedo y de nervios.

A su lado, tendido también sobre la cama, Arnie tenía los ojos abiertos y fijos en el artesonado del techo.

De pronto, la mujer murmuró:

— ¿Cómo nos libraremos de todo esto, Arnie?

— Marchándonos, naturalmente.

— ¿Y si nos sigue?

— Sea lo que sea, ha de tener limitaciones. Nos iremos al extranjero, lejos, tú y yo.

— ¿Sabes? Nunca pensé que aquello nos costara tan caro... aunque yo me opuse, recuérdalo.

— ¿A qué viene eso ahora? No era más que un sucio vejestorio inútil y se interponía entre nosotros y la riqueza.

Ella aplastó otra colilla en el cenicero. Dijo:

— Ahora sabemos que era algo más, Arnie.

— Bueno, mañana todo habrá terminado. Tan pronto Peter y esa chica se hayan marchado. Dieter y yo hablaremos con Debbie, lo arreglaremos todo y nos iremos para siempre.

Wanda hubiera querido compartir esa seguridad, pero en su fuero interno, algo como un presentimiento, quizá un presagio, le decía que las cosas no serían tan fáciles.

Estaban callados, tensos a pesar de la puerta cerrada, cuando oyeron el seco crujido de maderas en alguna parte.

Arnie saltó de la cama como impulsado por un resorte.

Wanda susurró:

— ¿Qué fue eso?

— No lo sé...

— ¡No salgas, Arnie!

— Habría que averiguar qué pasa.

— ¡No quiero quedarme sola!

Él tampoco estaba muy resuelto a arriesgarse solo por un ruido de maderas rotas o algo así, de modo que volvió a tenderse en la cama, tenso, con los sentidos alerta, tendiendo el oído.

Ya no oyeron nada más.

CAPÍTULO XIII

Patricia encendió un cigarrillo mientras Peter llenaba otra vez su taza de café.

Por enésima vez dijo:

— ¿No has cambiado de opinión, Debbie?

Su prima sacudió la cabeza.

—No, Peter. Tal vez cometa un error, pero ya te dije que todo lo que tengo está aquí, en esta casa, en las tierras... Denis habría querido que lo cuidara, que lo conservara, estoy segura.

Patricia replicó suavemente:

— ¿Incluso arriesgando tu vida?

—No sé... De cualquier modo, seguiré aquí, por lo menos durante algún tiempo.

No insistieron.

Arnie apareció cargado con una maleta, que dejó en un rincón.

Tras él, Wanda, con profundos círculos oscuros en torno a los ojos, entró y fue a sentarse a la mesa. Estaba tan pálida que daba pena.

—No he pegado ojo en toda la noche...

Apareció la señora Feury y les sirvió el desayuno. Nadie habló durante un rato. Luego, inesperadamente, Arnie preguntó:

— ¿Nadie oyó el ruido, anoche?

— ¿Qué ruido?

—No sé, me pareció un crujido de maderas rotas o algo así.

Debbie negó con un gesto, sorprendida.

Peter gruñó:

—Desde luego, yo no oí nada. Quizá Dieter. Le preguntaremos cuando baje.

Solo que Dieter no apareció.

Peter subió en busca de su pequeña valija. Los McMahan daban muestras de impaciencia y Patricia parecía relajada y tranquila mientras esperaba que su amante regresara. Pensaba en la noche pasada y era feliz.

Peter llevó su maleta al vestíbulo y se reunió con ellos.

— ¿No ha bajado Dieter? —gruñó.

—No, aún no.

—Me habría gustado despedirme de él. ¿Estás lista, Pat?

—Cuando quieras.

Debbie murmuró:

—Es extraño que se retrase tanto. Siempre es el primero en levantarse.

— ¿Dieter?

Asintió.

Arnie dijo, levantándose:

—Subiré a llamarle.

Patricia se apartó de la mesa, uniéndose a Peter cerca del ventanal, desde el que se contemplaba una amplia panorámica del parque, el bosquecillo y el prado de césped verde y húmedo.

—Yo he de continuar hacia Stonhaven —dijo—. Supongo que tú regresarás a Londres.

—Claro.

— ¿Cuándo te veré?

Él la miró con ternura.

—Tan pronto llegues a Londres, solo llámame. Estaré a tu lado antes siquiera de que hayas colgado el teléfono.

La muchacha sonrió. Iba a decir algo más cuando oyeron el grito terrible de Arnie.

Todos se precipitaron hacia las escaleras.

Arnie McMahon estaba parado en el umbral de la habitación, temblando, la mirada desorbitada fija en el cadáver de Dieter.

Peter le apartó de un empujón y entró.

El cuerpo estaba arrodillado junto a la cama, caído de bruces sobre ella con los brazos extendidos hacia adelante.

En la nuca, brillaba la empuñadura de un pequeño y extraño puñal.

Patricia se agarró al brazo de Peter y susurró:

—Debió de morir instantáneamente.

—Sí.

Wanda sollozaba histéricamente. Por lo demás, el silencio era absoluto cuando Peter se inclinó para examinar la extraña empuñadura del arma.

Después retrocedió y cerró la puerta.

—De modo que ese maldito puede entrar y salir a su antojo. ¿Aún insistes en quedarte aquí, Debbie?

—Creo que no, Peter. Hablaré con la señora Feury y cerraré la casa.

—Menos mal. Bien, hay que llamar otra vez al sargento, y eso hace que no podamos marcharnos nosotros tampoco de momento.

Wanda exclamó:

— ¡No pienso quedarme aquí ni un minuto más!

—Díselo, Arnie.

—Este... es cierto, querida. No podemos marcharnos hasta que hayamos hablado con la Policía.

Desfilaron hacia las escaleras sobrecogidos de espanto.

Pat se rezagó junto a su compañero y murmuró:

— ¿Qué mirabas con tanta atención?, ¿el puñal?

—Es un arma muy curiosa.

— ¿De veras?

—Una filigrana con incrustaciones de nácar en la empuñadura, y un diamante como remate. El diamante debe de valer una fortuna y las incrustaciones tienen forma de serpiente, rodeando la empuñadura.

Ella se detuvo en seco.

— ¿Crees que es un arma relacionada con esta secta de que nos hablaron?

—Ni idea, pero ha sido fabricada en la India, seguro. Lo que me pregunto es por qué infiernos el asesino lo abandonó. Solo el diamante debe de valer un buen puñado de libras.

Pat le observó con el ceño fruncido, parado ambos en las escaleras. Allá abajo, Arnie estaba agarrado al teléfono hablando con el sargento Marsh.

— ¿Qué estás pensando concretamente, Peter?

—En que nadie sensato abandona quince o veinte mil libras en este sucio mundo. A menos, claro está, que se trate de un loco, o de alguien a quien no le sirva de nada el dinero... o que tenga tanto que tirarlo no le importe lo más mínimo.

—Ya entiendo. Y creo que sé lo que estás pensando.

Arnie les llamó.

—Están en camino —anunció con voz ronca—. Juro que tan pronto terminemos con la Policía saldremos de aquí Wanda y yo y no pararemos hasta Londres.

—Voy a hablar con la cocinera —decidió Debbie—. Tiene familia en Worcester, podrá irse con ellos de momento.

CAPÍTULO XIV

Peter salió al exterior. El rojo cochecito de Patricia relucía delante de la entrada, húmedo de rocío. En contraste con los días anteriores el cielo estaba despejado y soplaba un aire frío que rumoreaba entre el follaje.

La muchacha salió poco después. Peter sacó el revólver y se lo devolvió.

—Recordaré que lo tienes a mano si alguna vez discutimos —dijo, irónico.

—Lo compré cuando empecé a viajar tanto por cuenta de la compañía. Aunque esta vez quizá no te habría servido de nada, querido.

— ¿Por qué no?

— ¿Cómo ibas a matar a un muerto, hombre?

—Ya veo. Es una gran cosa que conserves el buen humor a pesar de todo. Voy a sacar el coche mientras esperamos.

Se alejó, dejando a la muchacha fumando muy pensativa.

Patricia se preguntaba dónde diablos podía permanecer oculto un asesino, tan próximo a la casa que podía llegar a ella a cualquier hora.

Y no solo llegar, sino entrar y salir y esfumarse de nuevo.

Era un misterio que la fascinaba.

Poco después vio llegar el alargado Jaguar gris de Peter. El hermoso coche maniobró y fue a estacionarse junto al suyo.

El hombre se apeó.

—Podrías meter ese juguete tuyo en el portaequipajes y viajaríamos juntos —comentó con sorna.

—Peter, tú tienes un trauma o algo así. Solo piensas en utilizar esos asientos cómplices como si fueran una cama. Cualquiera pensaría que después de lo de anoche estarías más que saciado.

—Podrías tener el buen gusto de no mencionar eso. No es propio de una señorita.

Ella se echó a reír.

—Tú y yo no tenemos remedio. Estamos rodeados de cadáveres, algunos con una vida muy activa, tenemos un asesino acechando en alguna parte, y aún podemos pensar en hacer el amor hasta el agotamiento. Deberíamos hacer que nos examinaran la cabeza.

—Es una idea, no creas —refunfuñó. Luego, sin transición, dijo con voz sombría—. Arnie y Wanda tenían razón. Oyeron algo anoche.

— ¿Qué?

—Alguien rompió la puerta del garaje y se llevó el Bentley de Denis.

Pat dio un respingo.

— ¿Robaron el coche del muerto?

—Por lo menos, no está en el garaje, y cuando yo llevé el Jaguar hube de maniobrar para poder entrarlo sin rozarlo. Y la puerta está rota.

—Oye, todo esto es como para que a una le dé vueltas la cabeza.

—Lo que me intriga, es para que infiernos un cadáver necesita un coche.

—Porque no es ningún cadáver.

—Por lo menos, no lo es el que se lo llevó.

Pat arrugó el ceño.

— ¿Qué quieres decir con eso?

—Olvídalo.

— ¡Con un demonio! ¿Piensas que hay realmente un cadáver dando vueltas por ahí?

—Empiezo a creer que sí.

La muchacha se quedó mirándole boquiabierta. La llegada de la Policía aplazó los agudos comentarios con que se disponía a replicar.

CAPÍTULO XV

Arnie conducía a buena velocidad desde hacía media hora, y en todo ese tiempo apenas habían cambiado una palabra con Wanda, que miraba el paisaje sin verlo realmente.

Habían dejado atrás la pequeña localidad de Worcester y Arnie hundió un poco más el acelerador.

—Tendremos que reunirnos con Debbie en Londres —dijo de pronto.

— ¿Qué?

—Para volver...

Ella se enderezó en el asiento.

— ¿Volver a ese antro de pesadilla?

—O eso, o renunciar a todo lo que hemos soñado durante meses.

—Yo no volveré, Arnie. Nunca.

Él la miró de soslayo y asintió.

—De acuerdo, hablaré con Debbie. Tú podrás quedarte en Londres.

—Solo con pensar que debiera volver a esa casa siento que podría ponerme a chillar.

—Te estoy diciendo que no tendrás que ir.

El Austin ganó velocidad al iniciar una larga pendiente.

De un camino lateral sumergido entre copudos árboles y setos surgió un brillante Bentley gris. El poderoso coche se lanzó detrás del Austin igual que un tanque.

Silencioso, voló por la desierta carretera hasta que, al final de la pendiente, casi dio alcance al perseguido.

Agarrado al volante, Arnie miró distraídamente el retrovisor.

Vio el gran coche allá atrás, casi pegado a su cola, y se enderezó, súbitamente alarmado.

Wanda exclamó:

— ¿Qué pasa, Arnie?

—Ese coche...

— ¿Qué?

Volvió la cabeza.

Dio tal grito que a él se le pusieron los pelos de punta.

— ¡Es el Bentley de Lonergan! —chilló.

—Cálmate, hay otros iguales.

— ¡Es el suyo, estoy segura!

—No puede ser...

Wanda casi estaba arrodillada en el asiento, vuelta hacia atrás. Veía confusamente la silueta del hombre que conducía el coche gris, pero el reflejo del parabrisas le impedía distinguirlo con detalle.

—Arnie... parece...

—Calla.

— ¡Parece Denis!

—Le dejaré paso. Quizá es alguien que solo quiere adelantarnos.

Se arrimó a la cuneta y redujo un poco la velocidad.

El otro auto dio la impresión de que iba a embestirlos cuando se ladeó un poco. Oyeron el aullido de sus frenos y de pronto estuvo a su lado, reduciendo la marcha para emparejarse con el Austin.

Wanda empezó a chillar como una loca, incapaz de apartar la mirada del conductor del coche que ahora volaba junto a ellos, seguro, implacable.

Porque el conductor había girado la cabeza y les miraba con una terrible mueca en sus facciones amarillentas.

¡Era Denis Lonergan!

¡Era el muerto!

Arnie emitió un quejido. No podía creerlo.

Pero ahí estaba, manteniéndose a su misma velocidad, mirándoles con aquella expresión insana en sus ojos diabólicos.

Histérica, Wanda intentó abrazarse a él, chillando, hipando, con la cara inundada de lágrimas.

Frenético él aulló:

— ¡Suéltame, nos vamos a matar, suelta!

— ¡Él va a matarnos! ¿No lo ves? ¡Es él, Denis...!

Wanda chilló.

Arnie intentó frenar, sacudirse a su mujer de encima.

Vio la curva allá delante, el pretil, los árboles que pasaban como rayos.

El Bentley se ladeó un poco.

Hubo un crujido de metal cuando los dos coches se rozaron y el Austin pegó un bote de costado, derrapando.

La curva...

El pretil, y los árboles...

De nuevo el gran coche gris les empujó.

— ¡WANDA...!

El Austin pegó contra el pretil y voló en el aire, antes de hundirse en el barranco dando tumbos.

Un instante después se oyó el estampido allá abajo, y luego nada.

El Bentley frenó suavemente. Luego volvió atrás, giró, y quedó con el brillante capó encarado al pretil roto.

El hombre se apeó, dio un vistazo al abismo, quitó el freno de mano, y el gran vehículo se deslizó en silencio en pos de su víctima.

Desapareció rebotando en la ladera. Luego, el golpe final en la sombría profundidad del barranco.

Los dos coches quedaron muy juntos, hechos pedazos. Uno, vacío y roto.

El otro, aplastado.

Pero no vacío.

CAPÍTULO XVI

Anohecía cuando el hombre se levantó, impaciente, y fue a dar otro vistazo por la ventana.

La casa se alzaba en las afueras de Londres, en uno de esos distritos de reciente urbanización, con calles amplias, árboles jóvenes, atmósfera más o menos limpia y gentes recién instaladas que apenas se saludaban porque aún no se conocían.

El hombre volvió atrás, llenó un vaso con whisky y hielo y, de nuevo junto a la ventana, sorbió la bebida con gestos nerviosos.

Hasta que hubo oscurecido, ella no apareció.

La vio llegar caminando por la acera. Supo que era ella cuando pasó bajo la luz de un farol, y la reconoció por sus largas piernas, por su andar ágil y por la espléndida línea de su cuerpo.

Dejó el vaso a un lado y se encaminó a la puerta. Abrió antes de que ella pudiera llamar. La mujer se deslizó al oscuro interior sin una palabra y él cerró la puerta.

Solo entonces dijo:

—Apuesto a que estabas impaciente...

—Creí volverme loco esperando. Después de tantos días te deseaba tanto como a mi propia vida.

La abrazó, estrujándola entre sus brazos antes de aplastar su boca contra la boca de ella, que pareció quemarle hasta el alma.

Suponiendo que tuviera alma.

—Me haces daño, loco —jadeó la mujer apartándose.

Él la soltó. Jadeaba también, y en la penumbra sus ojos devoraban la grácil armonía de aquel cuerpo que estaba impaciente por poseer.

—Debbie —susurró.

— ¿Sí, querido?

—Di algo. No sé nada de cómo terminó todo.

—Sin problemas, cariño. Sacaron los coches mediante grandes grúas. Aún andan locos tratando de averiguar quién conducía el Bentley.

Dejó escapar una risita mientras se despojaba del ligero abrigo, que tiró sobre una silla.

Él la acució:

—Y de todo lo demás, ¿qué?

—Nada, todo ha salido como lo planeamos.

Él no tenía bastante. Ni de novedades ni de ella.

Fue a encender la luz y después se volvió a mirarla.

Debbie Lonergan era una belleza. La sentía dentro de su sangre, de sus deseos, y aquellos ojos ahora burlones le volvían loco.

—Cuéntame todo lo que haya que contar y luego quítate la ropa. Nunca pensé que podría desear a una mujer como te deseo a ti.

Ella le acarició la cara con la punta de sus dedos de seda.

—Por eso te elegí —dijo susurrante—. No habría confiado en nadie más.

—Vamos, ¿creyeron al final que era el muerto quien los mataba?

—Ellos sí, claro; Peter... bueno, él empezaba a dudar, creo. Y los policías buscaban como locos a Denis. Ellos piensan que tal vez no murió, que todo fue un truco para matar impunemente, vete a saber con qué motivo.

—Pueden buscar hasta el día del juicio final. Tu marido está tan muerto como los faraones egipcios, lleno de veneno. Pero te confieso que hubo un momento que creí que no saldría bien. ¡Maldita sea! Cuando lo saqué del ataúd y llegó tu primo no me pilló de milagro. El trabajo que tuve para esconder el cuerpo debajo del túmulo y salir de estampida por la puerta del pasillo.

—Pero salió bien. Te dije que no podía fallar después de casi un año de planearlo. Lo calculé todo desde que mi marido me contó lo sucedido en la India, y cómo habían matado a aquel viejo chillón cuando quiso impedirles llegar hasta el tesoro oculto bajo el suelo, allí donde dejaron el pellejo con las serpientes.

—Sí, ya sé. Ahora solo tenemos que venderlo todo y tendremos el mundo en nuestras manos, Debbie. ¿Te das cuenta?

Ella sonrió. Sus ojos chispeaban cuando los clavó en el hombre.

—Espacio, querido. Mi marido dijo que pensaba vender esa montaña de piedras preciosas muy despacio para no alarmar el mercado. Según él, hay de tres a cuatro millones de libras en diamantes, rubíes, perlas y esmeraldas y qué sé yo.

Él preguntó:

— ¿Es que tú nunca las has visto?

—Solo una vez, cuando me explicó la verdad. Hay también una pequeña caja cerrada que contiene el condenado ídolo que él se empeñó en traer, aunque eso no lo vi.

—Quizá también podamos venderlo.

—Prepárame algo de beber. Después...

A él le chispearon los ojos mirándola.

—Después iremos a la cama —dijo con voz ronca.

Fue a preparar las bebidas. De pronto señaló algo que había

encima de la mesa.

Dijo:

—No vamos a necesitarlo más. Tírala a la chimenea y quémala, Debbie.

Ella arrugó el ceño. Tomó la mascarilla de látex, riéndose entre dientes.

Era la reproducción exacta del rostro de su marido.

Mientras estaba mirándola dijo muy quedo:

— ¿Sabes lo único que he lamentado de todo esto?

Él se volvió con los vasos en las manos.

— ¿Qué?

—La muerte de la pobre sirvienta. Ella no tenía nada que ver con el negocio.

Él se encogió de hombros.

—Había que hacerlo, para que hubiera alguien que viera al «difunto» y pudiera atestiguarlo después. No pienses más en eso.

—No es que me preocupe demasiado, es solo que no me gustó.

Tomó el vaso y bebieron ambos. Después, ella fue a la chimenea y tras amontonar unos papeles, les pegó fuego, colocando la mascarilla encima.

Estuvieron viendo cómo se retorció, antes de estallar en llamas. Luego, ella apuró el vaso.

Él murmuró:

—Eres una mujer extraña, Debbie.

— ¿Tú crees?

—No te comprendo a veces.

—Olvídalo. Soy solo una mujer y tú un hombre, y los dos vamos a ser inmensamente ricos. Eso es lo único que debe preocuparte.

Echó a andar hacia el dormitorio y dijo, ladeando la cabeza:

—Dame cinco minutos, cariño.

—Ni uno más —replicó él, riendo.

Espero lleno de impaciencia. Antes de que transcurrieran los cinco minutos se precipitó dentro de la habitación.

Debbie estaba tendida en la cama, desnuda, delirantemente bella.

Él apenas podía creer que aquella soberbia mujer fuera suya.

Ella le sonreía, incitándole. Poco a poco abrió las piernas mientras él se quitaba la ropa a zarpazos.

Saltó sobre la cama ciego para cuanto no fuera ella y su deseo.

Demasiado ciego para ver la mano que se deslizaba bajo la almohada, y volvía a salir empuñando una pequeña pistola niquelada. Era apenas un juguete, pero cuando la disparó contra un lado de la cabeza del hombre fue lo mismo que si le hubieran disparado con una del 45.

Se lo quitó de encima de un empujón. La cabeza quedó colgando

por un lado de la cama y ella se levantó. Recogió cuidadosamente el casquillo expulsado por la pistolita. Solo entonces dedicó un vistazo al hombre que acababa de matar.

—Pobre tonto —musitó.

Midió distancias y calculó la posición del cuerpo. Luego, dejó caer la cápsula vacía más o menos donde habría caído si hubiera disparado la pistola junto a la cabeza colgante de él.

Tras esto limpió la pistola con extremo cuidado y la colocó entre los dedos de la mano del muerto.

Se echó atrás, examinando el cuadro con ojo crítico, desnuda, maravillosamente hermosa, con una luz salvaje en sus bonitos ojos azules.

Después empezó a vestirse.

El último obstáculo que se interponía entre ella y la inmensa riqueza había desaparecido.

CAPÍTULO XVII

Debbie Lonergan se apeó del coche ante la solemne entrada de la gran casa.

Miró en torno, al parque que se extendía hasta la arboleda, a toda aquella tierra que ahora era suya.

Por un instante pensó en lo que había costado obtenerla. En los muertos y la sangre, en la diabólica astucia desplegada para alcanzar todo cuanto ahora poseía, pero pronto alejó esos pensamientos sombríos y abrió la puerta.

El interior estaba frío después de aquellos días con la casa cerrada y deshabitada.

Atravesó el vestíbulo con paso resuelto bordeando la escalera.

Se detuvo bajo el voladizo. Quizás a causa del frío sintió un violento estremecido, algo que parecía llegarle hasta los mismos huesos. Fue una sensación inquietante que la paralizó unos breves momentos, parada allí conteniendo el aliento.

Incluso, estremecida, miró en torno. Era extraño sentir como si alguien estuviera espiándola, como si unos ojos malignos, invisibles, la vigilaran, esperando...

Sacudió la cabeza.

—Si seré estúpida —refunfuñó.

Abrió una pequeña puerta que había debajo de las escaleras. Allí nacía la escalera del gran sótano de la mansión. Encendió la luz y bajó apresurada.

Allá abajo aún se agudizaba más el frío, y había humedad.

También montones de trastos inservibles. Muebles viejos, cajas de embalaje vacías, mil cosas que se habían amontonado a lo largo de los años.

Todo aquello no le interesaba. Sabían bien lo que debía buscar. Lo que buscaban estaba al fondo, en el rincón más alejado de la escalera, oculto detrás de unos enormes cajones de madera, vacíos nadie sabía desde cuándo.

Eran dos pequeñas cajas de madera reforzadas. Pequeñas comparadas con las que estuvieron ocultándolas durante todo el tiempo.

Debbie se quedó mirándolas unos instantes fascinada. Luego, no

sin esfuerzo, abrió la primera.

Casi hubo de ahogar el grito que pugnó por brotar de su garganta. Un grito de triunfo, de alegría ante el resplandeciente tesoro que llenaba la caja casi por completo.

Hundió las manos en él, revolviendo multitud de enormes diamantes, refulgentes, esmeraldas y sangrantes rubíes. Puñados de irisadas perlas se deslizaban entre sus dedos como una catarata de chispas de luz.

Era incapaz de apartar las manos de su tesoro. Sentía un placer casi sensual revolviéndolo, acariciando las gemas y volviéndolas a revolver, fascinada por tanta belleza, por tanta riqueza.

Al fin, jadeando de excitación, volvió a cerrar la caja, asegurando bien la tapa.

Hecho esto forcejeó para abrir la otra, la que según dijera Denis cuando le confió el secreto contenía el ídolo que también se habían llevado del templo.

Al fin lo consiguió. Levantó la tapa y el ídolo apareció.

Debbie casi saltó hacia atrás al descubrir la horrenda apariencia del monstruo vestigio de una secta cruel y salvaje que había existido cientos de años atrás.

Por un instante, incluso pensó que la cabeza de cobra que era la del ídolo iba a acometerla, tan real parecía.

Se fijó en los ojos del reptil. Rojizos, diabólicos. Parecían refulgir en la penumbra con toda la profunda maldad del infierno.

—Rubíes —barbotó entre dientes—. Son solo rubíes...

Pero no podía apartar la mirada de ellos. Confusamente, pensó que no podría vender nunca el ídolo. Sería dejar una pista de su procedencia, y de la procedencia, quizá, de las joyas que sí debería vender.

Lo abandonaría, eso es. Se quedaría donde estaba, oculto por mil trastos hasta el fin de los tiempos. No quería ni verlo.

Se disponía a colocar la tapa de nuevo cuando le pareció sentir una vez más aquella sensación de acoso, como si alguien estuviera acechándola.

Solo que ahora esas sensaciones eran mucho más profundas, más dominantes.

Soltó la tapa y se irguió, volviéndose.

Sus ojos se desorbitaron, casi saliéndole de las cuencas. Intentó gritar con toda su voz, impulsada por el horror, y solo brotó un angustioso ronquido de su garganta. Se ahogaba de espanto y en su interior aullaba que aquello no era cierto, que no podía existir algo tan horrendo.

Estaba influenciada por lo que sabía del tesoro y del ídolo, eso era...

Volvió a boquear y ningún sonido brotó de su boca abierta y jadeante como la de un pez fuera del agua.

Pero si existía.

Estaba allí, erguido, una figura tan alta como ella, con un cuerpo enjuto semejante al de un ser humano... semejante al del ídolo.

Y la cabeza, enorme, oscilante.

La cabeza de una serpiente, de una cobra real, la mortífera Naja.

Pero de un tamaño monstruoso, con unos ojos que eran dos simas profundas y quietas, y que no obstante albergaban la esencia del mal.

Al fin, de su garganta surgió un alarido agudo como el filo de un cuchillo y se echó atrás a trompicones hasta que su espalda pegó contra una de las grandes cajas vacías.

El monstruo, si es que existía, avanzó a su encuentro, con la cabezota oscilando lenta y suavemente de un lado a otro y los ojos fijos, quietos, malignos como el demonio.

El enorme cuello distendido del reptil tenía hermosos colores, y grandes escamas que parecían rígidas como si fueran de metal.

No podía dejar de mirarlo mientras avanzaba lento, inexorable como la muerte. Estaba mirándolo cuando la lengua bífida brotó culebreando de la boca entreabierta del reptil.

Debbie rompió a chillar, y ahora sí encontró la voz, aunque sus gritos no le sirvieron de nada. La cabeza estaba ya tan cerca que le parecía sentir su aliento, un hedor fétido, extraño, repugnante, que lo llenaba todo alrededor.

Debbie continuaba aullando cuando la cabeza del reptil se abatió bruscamente. Las mandíbulas se abrieron distendiendo los ponzoñosos colmillos y una fracción de segundo después los colmillos se hundían en su cuello.

Debbie ya no gritó más.

Pero aún estuvo viendo aquellos ojos horrendos cerca de los suyos, fijos, rojizos, como si en sus profundidades se agitara el fuego del mal absoluto.

Sus piernas cedieron. Todo se volvió oscuro a su alrededor. Cada fibra, cada partícula de su cuerpo, era un silencioso alarido de dolor.

Al fin, una eternidad más tarde el dolor cedió y la negrura fue absoluta, total y profunda.

Era la negrura de la nada.

La negrura de la muerte.

CAPÍTULO XVIII

Patricia maniobró con su pequeño bólido rojo hasta estacionarlo al lado del que ya estaba parado ante la puerta.

Ni ella misma sabía explicarse por qué, en su viaje de regreso a Londres, se había desviado para volver al caserón que tan malos recuerdos tenía para ella.

Apeándose, echó una mirada al estilizado Matra de dos asientos. Luego fue hacia la puerta y apenas se sorprendió al encontrarla abierta.

Entró y dio un grito:

— ¿Hay alguien ahí?

No obtuvo respuesta. Sintió un ramalazo de temor. Sabía que todos se habían marchado de la casa, pero la presencia de aquel coche y la puerta abierta delataban el regreso de no sabía quién.

— ¡Eh, respondan! ¿Hay alguien?

Su voz se perdió dentro del silencio.

Fue a dar un vistazo al salón desierto y al amplio comedor, oscuros, con los postigos cerrados.

Fue al volverse que descubrió el rectángulo de luz debajo de las escaleras.

Sorprendida, miró los peldaños que se hundían en la tierra y volvió a gritar, pero solo le respondió el silencio.

—Bueno, alguien debe estar ahí abajo...

Su propia voz le dio ánimos y descendió resueltamente.

Vio todo aquel revoltijo de muebles y trastos inservibles. Espesas telarañas colgaban aquí y allá.

Pero no había nadie.

Cada vez más intrigada se aventuró por aquel laberinto, sorteando muebles, embalajes, levantando polvo con los pies.

De pronto le pareció que una sombra oscura se diluía en medio de unos grandes cajones tan altos como ella.

— ¡Eh, usted! —exclamó.

Si había habido una sombra, alguien, ya no lo vio. Fue como si un leve jirón de niebla se desvaneciera en el aire.

EPÍLOGO

Casi tropezó con el cuerpo derribado en el suelo.

Entonces sí dio un grito de espanto, porque era el cuerpo de Debbie Lonergan y estaba muerta.

Se inclinó sobre ella tratando de encontrar un signo de vida.

No lo había.

Pero tampoco podía ver ninguna herida, ni sangre. Nada.

Incluso ladeó un poco el cuerpo para verle la espalda, no fuera el caso que tuviera un cuchillo clavado en las costillas...

Volvió a depositarla suavemente como estaba. No había ningún cuchillo en ninguna parte. Se fijó en la espantosa mueca de aquella cara que ella recordaba hermosa y que ya no lo era. Deslizó la mirada por su largo cuello marfileño, terso y hermoso, de piel suave... e intacta.

Tampoco había señales de estrangulamiento.

Patricia se levantó. Temblaba a su pesar. Entonces vio una caja de madera vacía, con la tapa a un lado, y otra caja igual pero cerrada, y arrugó el ceño.

Dio otra mirada al cadáver. Después empezó a forcejear con la caja cerrada.

Cuando pudo levantar la tapa por poco no cayó de espaldas.

Echó a correr hacia las escaleras, las subió como si volara y no se detuvo hasta agarrar el teléfono con gestos frenéticos.

Disco el número de Londres que sabía de memoria. Emitió un largo suspiro cuando oyó la voz de Peter, tranquila y profesional, que preguntaba quién llamaba.

— ¡Peter! —chilló—. ¡Tienes que venir!

— ¡Pat! ¿Qué te ocurre, dónde estás?

— ¡En casa de tu prima... en casa de los Lonergan!

— ¿Qué diablos...?

— ¡Coge el coche y ven, Peter!

— No puedo ahora. Tengo una reunión con...

— ¡Inmediatamente, querido! Tu prima está muerta.

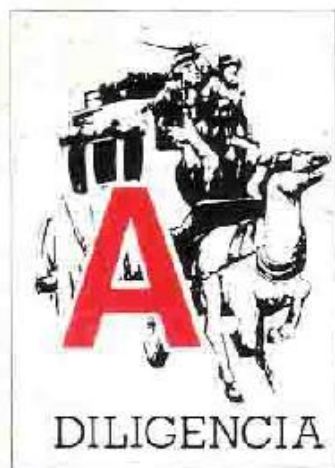
Oyó una suerte de estallido por el auricular.

— ¿Debbie? —aulló la voz lejana de él—. ¿Debbie está muerta?

— ¡Sí, sí!

—Voy ahora mismo.
— ¡Escucha!
— ¿Qué?
—Tú eres su heredero, no hay otros parientes, ¿verdad?
— ¿A qué viene eso? Maldito si me importa lo que pueda heredar.
—Peter, cariño, eres un gran partido para una chica.
— ¿Qué te pasa, Pat, has perdido la chaveta? No tengo un níquel, aún estoy pagando el coche.
—Solo ven, amor mío. Ahora podrás comprar hasta la fábrica de coches.
— ¡Pat, maldita sea! ¿Qué te ocurre?
—Podrás hacer que te construyan un coche a tu medida, con cama incluida, y cuarto de baño, y...
— ¡PAT!
Ella reía y lloraba a la vez presa de excitación.
La voz de Peter rugió:
— ¡Cálmate, nena, no te muevas de ahí!
Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.
Vacilando sobre las piernas, la muchacha salió al exterior.
Llegó a su coche, se metió dentro y recostándose en el asiento cerró los ojos y empezó a soñar con todas las riquezas de un cuento oriental, con todas las locas fantasías que nunca se le habían ocurrido.
Acabó pensando solo en Peter y ya solo deseó que llegara para perderse entre sus brazos.

FIN



**LA COLECCION
DE LOS MEJORES AUTORES
Y RELATOS DEL WESTERN.
CADA SEMANA EN SU KIOSCO.**

P.V.P. 110 ptas.



Table of Contents

Título	página
CAPITULO PRIMERO	
CAPÍTULO II	
CAPÍTULO III	
CAPÍTULO IV	
CAPÍTULO V	
CAPÍTULO VI	
CAPÍTULO VII	
CAPÍTULO VIII	
CAPÍTULO IX	
CAPÍTULO X	
CAPÍTULO XI	
CAPÍTULO XII	
CAPÍTULO XIII	
CAPÍTULO XIV	
CAPÍTULO XV	
CAPÍTULO XVI	
CAPÍTULO XVII	
CAPÍTULO XVIII	
EPÍLOGO	